MENSAJE

UNIDAD Y DIVERSIDAD DE LOS CATÓLICOS
VITTORINO VERONESE

RELACIONES HUMANAS EN LA INDUSTRIA
WILLIAM THAYER A.

LA IGLESIA, AJENA A LA POLITICA PARTIDISTA
JULIO JIMENEZ B.

ANTISEMITISMO
MICHEL RIQUET

ULTIMOS ESCRITOS DE MAX PLANCK
GUIDO ZAPPA

LA IGLESIA CHILENA Y LA POLITICA: DIRECTIVAS PONTIFICIAS

MARZO-ABRIL. 1958.

MENSAJE

MARZO-ABR. 1959 - VOL. VII - N.° 67

DIRECCION:
Alonso Ovalle 1452 — Casilla 597
Fono 83226 — Santiago de Chile

DIRECTOR-FUNDADOR
(†) R. P. Alberto Hurtado Cruchaga, S. I.

DIRECTOR
José Aldunate Lyon, S. I.

SUSCRIPCION ANUAL:

Ordinaria	$	1.000
De bienhechor	"	5.000
Para el extranjero	"	3 USC.
Para el extranjero (por vía aérea)	"	6 USC.
Valor Núm. suelto	"	100

AVISOS:

1 página	$	18 000
1/2 "	"	9.000
1/3 "	"	6 000
1/4 "	"	4.500
1/6 "	"	3.000

SUMARIO:

Pág.

UNIDAD Y DIVERSIDAD DE LOS CATOLICOS, por Vittorino Veronese 49

RELACIONES HUMANAS EN LA INDUSTRIA, por William Thayer A. 56

LA IGLESIA, AJENA A LA POLITICA PARTIDISTA, por Julio Jiménez B. 60

ANTISEMITISMO, por Miguel Riquet 65

ULTIMOS ESCRITOS DE MAX PLANCK, por Guido Zappa.. 69

SIGNOS DEL TIEMPO:

En Hungría: Un año de régimen "Kadar" 78

Proceso por difamación..... 82

Panorama del Catolicismo Austriaco 84

CINE:

"12 hombres en pugna"..... 87

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA 88

DOCUMENTOS:

La Iglesia Chilena y la Política: Directivas Pontificias. 92

Correspondencia con los Lectores

A. C. M.: "Lo primero que me corresponde hacer es felicitarlo por la magnífica Revista que usted dirige, y me permito hacerle algunas insinuaciones: a) la sección Cine que orienta respecto a este importante medio de difusión, de tanta influencia en el mundo moderno, además de los comentarios de películas y los excepcionales ensayos sobre la técnica y arte cinematográfica, creo que debiera publicar en lo posible una especie de bibliografía Cinematográfica de los films que se exhiben durante el mes de aparición de la revista, con el objeto de orientar respecto a las películas de verdadero contenido artístico, humano, moral e intelectual; b) Creo que en la sección "Orientación Bibliográfica" debiera darse cabida a los grandes autores de la Literatura Universal, sean ellos católicos o no lo sean, conservando también la línea seguida por ustedes con obras de carácter religioso y de espiritualidad." — (suscriptor de Santiago).

—Tal vez la publicación quincenal "Guía del Cine" editada por Ediciones Paulinas (Alameda 1626 — Casilla 3746 — Santiago) podrá satisfacer su justa aspiración. En la sección bibliográfica nos limitamos a los libros que van saliendo. Los estrechos márgenes de Mensaje *no nos permiten por el momento extendernos más; sin embargo, estamos muy agradecidos a sus observaciones reveladoras de verdaderas inquietudes de nuestros lectores.*

E. P. C.: "Acuso recibo de su atenta remesa de Revistas *"Mensaje"*, que ha tenido una gran acogida entre el alumnado de esta Escuela Universitaria, por su innegable aporte a nuestros estudios; le quedamos muy agradecidos". —(lector de Santiago).

Y. M.: "Me es particularmente grato difundir *"Mensaje"*, y así colaborar con ustedes en un trabajo orientador tan necesario en nuestros días". — (suscriptor de San Javier).

P. S. R.: "No acostumbro escribir cartas a revistas o diarios, pero la posición de Uds. es tan valiente y tan pura, que no sería natural perder esta oportunidad para decírselos. Desde el punto de vista social, que es para mí un problema urgente, la labor de Uds., la Compañía de Jesús, representada en este caso por *Mensaje*, es tan espléndida y a la vez tan ingrata, que realmente lo único que los hombres sinceros pueden hacer es admirarlos y ser sus más decididos partidarios. El espíritu de abierta lucha contra lo caduco, lo añejo y lo inservible está en vuestras manos, y sería de esperar que los católicos comprendiéramos de una vez por todas que es deber imperioso, inmediato e ineludible el estar de lleno y sin claudicaciones al lado del pobre, del que muere y sufre horriblemente por culpa exclusiva de la falta de interés de los "buenos" cristianos".—(suscriptor de Santiago).

—Tratamos de realizar dentro del necesariamente limitado campo de nuestras actividades lo que fue la preocupación constante del P. Hurtado, persuadidos de que el porvenir de la Iglesia en Chile depende de la sensibilidad social de los católicos, como afirmaba Mons. Tardini en su comunicación al Sr. Cardenal.

H. B.: "En el número correspondiente al mes de enero de 1958 se publica uno de los trabajos leídos en el Congreso del Apostolado Laico, celebrado en Roma en octubre último; ¿sería posible, también, publicar otro de esos trabajos, por ej., el presentado por el Relator chileno, Exmo. Sr. Obispo de Talca?". — (suscriptor de Santiago).

—Como las Ediciones Paulinas publicaron ese interesantísimo trabajo del Exmo Sr. Obispo de Talca en opúsculo aparte, muy bien presentado, bajo el título "Hacia una espiritualidad del laicado", no ha parecido a la dirección de Mensaje *oportuna su inserción en la revista. En nuestro número de diciembre, p. 464, se hizo referencia y se recalcó la importancia de dicha publicación.*

(PASA A LA TERCERA TAPA)

VOLUMEN VII — Nº 67. MENSAJE MARZO-ABRIL 1958

El mensaje cristiano frente al mundo de hoy

Unidad y Diversidad de los católicos

por VITTORINO VERONESE

OS dirigí algunas palabras de bienvenida en la apertura de este Congreso (1). Después de haber trabajado, reflexionado y orado juntos, durante estos días inolvidables, siento la necesidad de dirigiros algunas palabras de adiós. O, más bien, de hasta luego, puesto que, si Dios quiere, nos encontraremos aún y con frecuencia, para compartir nuestras inquietudes de apostolado, nuestro deseo de aprender a servir mejor a Cristo, sirviendo a la Iglesia.

Quisiera ahora daros cuenta de algunas reflexiones que, con frecuencia, han venido a mi mente al observar la acción de los católicos en el mundo, y que, en especial, se me han agudizado durante estos días de trabajo en común.

Unidad y diversidad de los católicos: ¿no es acaso, una de las impresiones más sorprendentes, la primera tal vez, que se desprende del espectáculo admirable de esta sala llena de hombres y mujeres de todas las razas y de todas las lenguas, la que también se desprende de la rica variedad de los informes que hemos oído, y de las conversaciones y discusiones en que hemos participado?

Diversidad inmensa de personas, de problemas y de maneras de afrontarlos. Pero unidad profunda, indestructible, que encuentra su más viva expresión en la blanca figura del Sucesor de Pedro, quien desde el primer día nos ha acogido con los brazos abiertos en esa Basílica Vaticana, la cual por sí sola es un glorioso símbolo de unidad.

¿Será menester especificar en primer lugar que la unidad y la diversidad de que aquí hablo, no son otras que las de los católicos entre ellos, y que no abordaremos ahora la cuestión más vasta de la unidad de un mundo en que los cristianos deben vivir cotidianamente en relación con los no-cristianos?

Limitar así el tema, no significa olvidar el otro problema importante, continuamente reactualizado en este nuestro

(1) Texto del discurso pronunciado por Vittorino Veronese, Secretario del Comité Permanente de los Congresos Internacionales para el Apostolado de los Laicos, en la sesión de Clausura del Congreso celebrada en Roma el 13 de octubre de 1957. Traducimos de la versión publicada por Documentation Catholique, del 10 noviembre 1957, col. 1429-1438.

mundo que se va gestando, tan sediento de unidad. Aquí mismo durante nuestro Congreso, ¡cuántas veces se nos ha presentado! Porque esa sed de unidad es uno de las más evidentes aspiraciones del mundo de hoy, al que hemos procurado auscultar.

En esta perspectiva más vasta, la unidad en la diversidad era el tema mismo escogido para lo que habría debido ser (y esperamos que será) el VI congreso de la paz y de la civilización cristiana organizado en Florencia, por nuestro amigo Giorgio La Pira.

Pero ahora, intencionalmente, me limito al problema interno de la unidad de los católicos entre ellos, condición esencial en nuestro apostolado. Recordemos la última oración de Cristo: "Así como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Tí, que ellos también sean uno en nosotros, a fin de que el mundo crea que Tú me has enviado". "A fin de que el mundo crea". ¿Cómo podrá creer el mundo que hemos sido salvados por el Redentor único, si le ofrecemos el escándalo, no de nuestras diversidades legítimas, sino de nuestras insensatas divisiones?

Para muchos de nosotros, católicos de los países de antiguas cristiandades, hablar hasta hace unos diez años del problema de la unidad, significaba generalmente —por no decir siempre— hablar del retorno necesario, de los hermanos separados, al redil de la Iglesia. Ciertamente este problema se proponía en términos muy diferentes para los católicos, según que perteneciesen a países de mayoría católica o que representasen minorías entre otras confesiones mayoritarias. Pero cada uno veía el problema de la unidad, a partir de su propia situación y en esa perspectiva de la Iglesia, Una con respecto a los cristianos separados.

Por supuesto, siempre existe este problema. Está lejos de haber perdido su importancia y actualidad. Hasta podría decirse que la responsabilidad de los católicos se ha acrecentado con el hecho de ese gran movimiento hacia la unidad que se afianza cada vez más entre los cristianos separados.

La diversidad inevitable.

Empero, volvamos hoy al solo problema de la unidad y de la diversidad de los católicos mismos.

Si la evolución del mundo y las revoluciones políticas, sociales y económicas de este siglo XX han hecho y hacen evidente que en adelante todo se plantee sobre el plano universal y que todos los grandes problemas de esta hora nos interesen o nos amenacen a todos y obliguen a aquellos que quieren salvar el espíritu, a una solidaridad necesaria, parece al mismo tiempo que los católicos han adquirido conciencia de su inmensa diversidad y que actualmente se presenta un problema de unidad entre ellos. Por eso, hablar ahora de la unidad de los católicos evoca una visión, a la vez más amplia y más restringida que aquella a la cual yo hacía alusión como la perspectiva corriente de hace diez o veinte años. Más amplia, porque proviene de una mayor extensión de los contactos entre las naciones, las razas y, tal vez también, entre las clases o las castas —de cualquiera manera que se les llame—. Y, al mismo tiempo, más restringida, porque se trata ahora, no de un problema de unión de todos los cristianos, sino de la unidad consubstancial a la Iglesia y de su reflejo en la conducta diaria de los católicos.

Otra paradoja de esta época paradojal que es la nuestra: el tomar conciencia de la diversidad viene a una hora en que propiamente hablando, no hay división doctrinal entre los católicos, en que el espectro de un nuevo cisma parece haberse retirado para siempre del mundo católico. Así lo prueba la inutilidad de los esfuerzos separatistas que se han hecho en muchos países sometidos al yugo soviético; y el evidente fracaso de todas las tentativas de suscitar "Iglesias Católicas Nacionales".

En otros términos: mucho se piensa —y es indispensable— en recuperar la unidad de la fe. Yo querría, al contrario, llamaros la atención sobre otra exigencia que nos alcanza a todos: la de vivir la

unidad de la fe, en la unidad de la caridad.

Por consiguiente, el problema consiste en esto: caer en la cuenta de dos realidades aparentemente contradictorias: por una parte, nuestra unidad (que no es una uniformidad); por la otra, nuestra diversidad (que jamás debe degenerar en división).

Nuestra diversidad se comprueba diariamente, y el simple buen sentido nos presenta múltiples ejemplos:

Diversidad natural, física o intelectual: hay entre nosotros hombres y mujeres, sanos y enfermos, fuertes y débiles, todos los grados de inteligencia, desde el mayor hasta el más pequeño, todos los temperamentos. Se trata allí, de dones de la naturaleza, es decir, de algo recibido, que se puede desarrollar o malgastar, pero que es un capital de partida, completamente independiente de nuestra elección. Sin caer de ningún modo en algún determinismo, hemos de admitir, sin embargo, que esos factores influyen en nuestra psicología y por consiguiente en nuestro comportamiento.

Diversidad de origen, es decir, toda la diversidad de las razas, de los países, de las clases sociales a que pertenecemos por nuestro nacimiento, con todo lo que esto trae consigo de influencias geográficas, históricas, culturales diferentes. Tal es nuestra condición común de hombres, ciertamente; pero sabemos que nosotros los católicos, debemos ser especialmente lúcidos en ese dominio, porque no se trata de querer ser uno *a pesar* de esta diversidad, sino de ser uno *a través* y *por* ella y de formarnos conciencia de las condiciones concretas que ella plantea a nuestro apostolado. Por eso, me agrada volver a usar ese término de geo-apostolado, distinguiendo en la Iglesia conjuntos que tienen originalidades propias: es ésa una manera de reconocer la influencia de las originalidades propias; es un modo de reconocer la influencia de la geografía y de la etnología sobre el conjunto del catolicismo. Y es eso lo que nuestro Congreso ha expresado, al estudiar las responsabilidades actuales de los laicos según las diferentes regiones del mundo.

Entre esas diversidades hay una especialmente importante, puesto que corresponde al dominio del espíritu: es la diversidad cultural. Se ha podido creer durante siglos que el catolicismo iba unido a una cultura particular, la cultura europea occidental. Ahora, felizmente, todo el mundo ya está convencido de que no es así. El catolicismo trasciende todas las culturas. Se acomoda a todas. Afirmar que la Iglesia no es más del Occidente que del Oriente, de Europa o de América que de Africa o de Asia, ha llegado a ser, gracias a Dios, algo que se cae de su peso. La cultura, obra del hombre, por muy elevada que sea, en nada determina la vida de la Iglesia, obra de Dios. Empero, ella afecta a nuestra sensibilidad religiosa y provoca con eso, diversidades sensibles en la manera de vivir el catolicismo. Nuestro ilustre amigo el Dr. Wu nos ha dado una vez más, al principio de este Congreso, un brillante testimonio, mostrándonos cómo una cultura desarrollada fuera del Cristianismo puede ser vehículo de un pensamiento profundamente cristiano.

Diversidad de educación... No porque tal o cual de nosotros haya nacido rico o pobre, debe tener un "catolicismo diferente". Pero en realidad, forzosamente sufre las consecuencias de los diferentes medios de educación que proporciona esa riqueza o esa pobreza.

Diversidad de estado de vida, de profesión. Hay entre nosotros sacerdotes y laicos, casados y célibes... Nadie puede negar la diversidad de las vocaciones. Todas son legítimas. No por eso influyen menos sobre la psicología. Dan responsabilidades diferentes según la situación, el estado de vida y la profesión de cada uno. Estamos aquí, en pleno terreno de laicos. Familia, profesión, medio, todo esto ha sido expresado y estudiado, durante estos días, en reuniones tenidas separadamente.

Podríamos multiplicar estos ejemplos; pero creo que es inútil insistir. Los que han sido sugeridos bastan para permitirnos una observación: vemos que, mien-

tras más elevadas en la escala de los valores son las causas que nos diversifican, más se reduce la distancia entre "diversidad" y "división". Y ahí está todo el problema; porque cuanto más nuestra unidad, lejos de sufrir con nuestras diversidades, se enriquece con ellas, y hasta diría que las requiere, tanto más queda herida, y a veces irremediablemente, por las rivalidades que dividen.

Diversidades físicas, diversidades sociales, diversidades culturales: todas ellas nos vienen del exterior, por decirlo así; son el resultado de factores recibidos; de factores que se han asimilado, hasta convertirse en parte integrante de nuestra personalidad, pero que en todo caso, no dependen de nuestra propia elección.

La libertad de las opciones.

Con una simple mirada, descubrimos entre nosotros, otro orden de diversidades, más importante para lo que pretendo exponer esta mañana: las diversidades de elección, las opciones que hemos de hacer en cada instante, en virtud de nuestra libertad.

La libertad es el más precioso don del Creador a la persona humana. Por estar dotado de inteligencia y voluntad, el hombre es libre; libre en su aceptación de las verdades de la fe y de las exquisitas invitaciones de la gracia. ¡Cuán profunda humanidad y cuánta hermosura hay en la concepción cristiana del hombre y de su libertad! "... El consentimiento del hombre es cosa sagrada: es lo que el hombre concede a Dios y lo que Dios viene a pedir, como un mendigo, a los hombres... *El consentimiento es tan esencial a la obediencia, como al amor...*" Con frecuencia he recordado estas palabras de una mujer que supo pagar con su vida el precio de su libertad, Simone Weil, una víctima del totalitarismo.

La adhesión libremente consentida a la fe, es para nosotros una luz, la Luz que viene de lo alto, e ilumina a todos los hombres —¡cuando ellos quieren dejarse alumbrar! Es también un guía para nuestra acción. Por el hecho mismo de creer, abrazamos una disciplina, la de la Iglesia que es la guardiana de la Revelación y que tiene el poder de atar y de desatar. Esto vale del todo para nuestra vida espiritual. ¿Vale también para la vida temporal, para nuestra acción acá abajo entre las cosas del mundo? Siempre la fe nos ilumina y nos guía; pero en amplias zonas de nuestra acción, ella no nos dicta un comportamiento único. En los límites, con frecuencia muy vastos, de la moral cristiana y de la disciplina de la Iglesia, podemos —y casi constantemente debemos —escoger.

Entonces es cuando vemos formarse entre los católicos, grandes familias de espíritus: se encuentran entre ellos los osados, a quienes les atraen las aventuras, tal vez hasta el riesgo, y también aquellos a quienes les gusta la comodidad y la seguridad hasta en las cosas del espíritu. Hay unos que toman iniciativas, y otros que no desean otra cosa que ser guiados en todo. Hay quienes tienen espíritu combativo, y otros que están dispuestos a todos los sacrificios, por amor a la paz. Hay activos y contemplativos. Hay unos que sólo de la organización esperan la salvación; y otros que son individualistas hasta el exceso. Los hay que están siempre inquietos por el porvenir y ven peligros por doquiera; y otros que viven llenos de confianza; los espíritus pesimistas y los optimistas ingenuos. Hay hombres verdaderamente angustiados por la salvación de sus hermanos, y otros satisfechos del progreso innegable de la Iglesia y del trabajo efectuado por los católicos: "Los que tienen inquietudes y los que no las tienen". Hay algunos que sólo ven en la Iglesia, una estructura jurídica; y otros que sólo conceden valor espiritual a la función profética neumática. Los hay que siempre dicen nosotros, no para emplear el plural de majestad, sino para distinguirse de la masa de los demás. Hay unos que cultivan humildemente el sentimiento de la religión; y otros que se acomodan a la religión del sentimiento.

¿Encontráis mis categorías demasiado

tajantes? ¿demasiado caricaturescas? Veamos: Se oye hablar de católicos de derecha y de católicos de izquierda. ¿Qué son esas denominaciones sino categorías convencionales en las cuales se coloca fácilmente a los católicos que proclaman sus opciones, exagerando apenas las divergencias que los separan? Conocemos los fenómenos del conformismo, estado de espíritu de aquellos que renuncian a toda iniciativa personal, para conformarse en todo a los usos establecidos, sin ningún esfuerzo serio por examinar su valor, renunciando a usar del sentido crítico y del discernimiento. También conocemos "gansos del Capitolio", católicos cuya única función parece ser dar gritos de alarma y denunciar a aquéllos de sus hermanos que según su modo de ver, hacen correr a la Iglesia peligros inminentes. Y, por fin, ¿cómo no tocar la cuestión misma de la organización de la Acción Católica y de otros movimientos de apostolado, en los que aparece, a primera vista, una diversidad a la cual alude el Santo Padre, con una bondad y una finura paternales cuyos beneficios no podría yo recalcar lo bastante? Jamás llegaré a comprender cómo alguien pueda sentirse herido o acusado por ese llamado a la deliberación que el Santo Padre nos ha dirigido, o cómo otros puedan pretender haber sido así confirmados en gracia. Hacia todos nosotros se dirige, todos somos llamados, así como el director de orquesta mira bien de frente a sus ejecutantes y los llama a unos y a otros en el momento preciso... Haya violines (¡y primeros violines!) y trompetas, címbalos y oboes; por diferente que sea su papel y su importancia, todos son indispensables. Cada uno acordará su técnica con la de los demás y la música será sólo una armonía, pero la orquesta es de él, del Director o Jefe: el Papa y los Obispos que a él están unidos.

¿Cuándo las diversidades corren riesgo de convertirse en divergencias y cuándo la unidad fundamental, la de la caridad corre riesgo de quebrantarse por las divisiones? Será a partir del momento en que nos complacemos en colocarnos, o lo que es peor, en colocar a nuestros hermanos, en una de las categorías descritas y a partir del momento en que creamos que aquéllos que no piensan o no obran como nosotros, están en el error.

Principios de unidad indispensable.

Bastante os he hablado de las diversidades (que son riquezas) y de las divisiones (que pueden ser mortales para aquellos mismos que se dividen). ¿Dónde está pues n u e s t r a unidad y en qué consiste?

En primer lugar está en lo que somos nosotros esencialmente: es decir, cristianos. Todos somos pecadores, todos rescatados, todos salvados, todos amados, todos enviados por el mismo Cristo Jesús. San Pablo nos lo recuerda en su Epístola a los Romanos (cuyo XIX centenario celebramos este año mismo): "...para todos los que creen, pues no hay distinción alguna; porque todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, y ahora son justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de Jesucristo". (Rom., III, 22-23).

Es esa nuestra unidad fundamental: la misma vida que recibimos y que recibimos de la Iglesia y por Ella. Y la recibimos para darla. Esa vida que es Amor y que nos pide una actitud espiritual común. Escuchemos de nuevo al Apóstol, al definir esta actitud: "Vuestra caridad sea sincera aborrecedora del mal, adherida al bien; amándoos los unos a los otros con amor fraterno, procurando anticiparos unos a otros en las señales de honor y de deferencia. Sed fervorosos de espíritu, acordándoos de que es al Señor a quien servís". (Rom., XII, 13). Y cuando el Apóstol exhortaba al amor fraterno, bien sabía de qué hablaba. El también conoció las divisiones entre cristianos, los juicios temerarios de los hermanos sobre sus hermanos: "No nos juzguemos pues ya más unos a otros; poned más bien cuidado en no causar tropiezo o escándalo al hermano, para no hacerle caer..." (Rom., XIV, 13). ¿Será necesario que os diga que aquí es donde resuena particu-

larmente en el fondo de mi alma —y espero que también en la vuestra— el grito de amor que brotó del corazón del Arzobispo de Milán?

"Aquel que juzga no ha comprendido aún que la actitud religiosa enseñada por Cristo no es de posesión sino de donación", escribía hace poco mi amigo Fausto Montanari, uno de los mejores espíritus que se hayan formado en la escuela que ha sido la Federación Universitaria Católica Italiana, unida para siempre a la obra sacerdotal de Mons. Montini. Si sabemos permanecer fieles a ese espíritu que es el de ayudarnos unos a otros a llevar nuestra carga, entonces todas las diversidades, todas las maneras de ser y de vivir el cristianismo nos son permitidas: "En la casa de mi Padre hay numerosas moradas". Entonces será fácil al uno permanecer fiel y disciplinado sin ser conformista; y al otro, tomar iniciativas sin ser por eso indisciplinado: *"In medio stat virtus"*, como decían los romanos o, más bien, como dijo San Agustín —un obispo de Africa, mi querido amigo Amichia, mi querido amigo Lemma—: *"In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas"*.

Para todos los hombres hay sólo un fin último. Pero los caminos para alcanzarlo, las vías de la salvación, son tan numerosas como numerosos son los hombres. La ley es única y los mandamientos son los mismos. Pero la gracia viene sobre cada uno de nosotros y en cada uno tiene su voz y rostro propios. Permitidme presentar un ejemplo de uno de los años más tétricos de los tiempos modernos: el saqueo de Roma de 1527. El Soberano Pontífice era un hombre de gran inteligencia y de gran nobleza; pero un hombre indeciso, angustiado y hasta, a veces, ausente. Bajo el pontificado de Clemente VII, los más siniestros personajes de los reinados precedentes y los hombres más santos de los años futuros, se codeaban en Roma. Tal vez su pontificado enterró al Renacimiento e inauguró la Reforma católica. Pablo IV será ya un Papa del tiempo nuevo. Bajo un Pontífice tan dividido en sí mismo, el asalto de Roma y el saqueo de la Ciudad Eterna han brillado con un resplandor terrible, apocalíptico. En ese momento había en Roma dos hombres que, permaneciendo cada uno lo que era, sirvieron ambos a la Iglesia y alcanzaron allí su salvación. Uno es Gaetano de Thiene, el hombre manso de corazón que soportó todas las afrentas, sin hacer un solo gesto de impaciencia.

El otro es Benvenuto Cellini, aquel que tomó el arcabuz y de un disparo derribó nada menos que al condestable de Borbón (si es verdad que fue Cellini quien lo hizo). Por eso, el saqueo de Roma fue aún más cruel y más sangriento. Pero vengó a la ciudad santa de ese jefe felón, de ese "condottiere" inicuo que descargaba sobre Roma la rabia de un emperador católico, no de un tirano infiel. He citado dos hombres en extremo diferentes: un santo el uno y de los más austeros; un creyente, el otro, pero pecador. De corazón cándido y de inteligencia muy mediocre, uno; el otro no muy honrado, ciertamente, pero artista ilustre y de los más brillantes. Incapaz, uno, de un mal pensamiento; mientras que el otro se habría asombrado de haberse descubierto buenos pensamientos. No obstante, ambos sirvieron a la Iglesia, cada uno con su temperamento y con sus medios. Yo no os invito, amigos míos, a escoger entre los dos tipos a quienes con todas las aproximaciones y las relatividades de las referencias históricas os he presentado, sino que os suplico: si preferís a Gaetano, como yo lo prefiero (aunque no fuese sino porque es un santo), no olvidéis jamás que también existe Benvenuto Cellini; y si no podéis ser sino Benvenuto Cellini, nunca olvidéis que hay también un San Gaetano.

Hay una manera de mirar la Iglesia, así como se mira un monumento de piedra, una catedral: al colocarse ante ella, se la admira, volviendo la espalda al mundo que está en la plaza. Esa actitud no puede ser la del apóstol laico.

Nos colocaremos muy sólidamente en la Iglesia. Filialmente también, bajo la protección de sus bóvedas, en la comu-

nión de sus santos. Pero, desde el sitio en que providencialmente nos encontramos, nos volveremos resueltamente *hacia el mundo*. Vueltos hacia el mundo; y no dándole la espalda por miedo, por indiferencia, por cansancio. Hacia el mundo, porque sólo así seremos escuchados, tal vez comprendidos, amados y —quiera Dios— seguidos; seremos en una palabra, de los mejores discípulos de Cristo: vino Él a traer el fuego a la tierra y ¿qué puede desear sino que ese fuego arda? Vueltos hacia el mundo que espera y que busca —de eso nos hemos formado conciencia, con mayor intensidad, en estos días— y al cual ciertamente podemos proporcionar la respuesta tan esperada. Vueltos hacia el mundo como Nuestro Santo Padre el Papa Pío XII constantemente nos da ejemplo en su enseñanza cotidiana, con esa angustiada insistencia que no sólo es *"sollicitudo omnium ecclesiarum"*, sino también *"sollicitudo omnium viventium"*, de todos los vivientes.

*
* *

Finalmente y como un programa, quisiera pediros vuestra adhesión a tres principios fundamentales, los mismos que os proponía aquí hace seis años, en nuestro primer Congreso Mundial:

1.º El primado de lo espiritual y la absoluta prioridad de los motivos sobrenaturales de la vida, sobre los motivos terrenales aún los más nobles, tales como la familia y la patria.

2.º La concepción positiva y conquistadora del catolicismo, abierto a todas las almas, que no hay que mirar como una puerta cerrada que ocultaría verdades incomprensibles, ni menos aún como una ciudadela sitiada, bajo una pesadilla de humillaciones.

3.º Y en fin, la conciencia de servir a la Iglesia y no de servirse de ella, de cualquiera manera y en cualquier parte que sea, con la convicción de que la Iglesia tiene en sí una fuerza libertadora y constructiva, que no necesita alianza, ni compromiso.

¿Podrían finalmente estos tres principios ser una prenda de luminosa unidad entre nosotros? No lo sé; pero lo que sé es que si nos ponemos bajo la enseñanza de la Iglesia, aprenderemos no solo la fe, la esperanza y la caridad, sino también esas virtudes cardinales que, con demasiada frecuencia, se olvidan: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, que nos harán instrumentos menos imperfectos para los designios que la Providencia ha formulado para cada uno de nosotros, para todos nosotros juntos.

Sólo entonces, todas nuestras diversidades, en vez de ser obstáculos para la unidad, aparecerán como riquezas, como medios más amplios y más numerosos de responder a lo que el mundo espera de nosotros. Porque —no resisto a citar por última vez, la palabra ardiente de San Pablo—: "Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, mas no todos los miembros tienen el mismo oficio, así nosotros, aunque seamos muchos, formamos en Cristo un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros, los unos de los otros. Tenemos por tanto, dones diferentes según la gracia que nos es concedida; por lo cual, el que ha recibido el don de profecía, úselo según la regla de la fe; el que ha sido llamado al ministerio de la Iglesia, dedíquese a su ministerio; el que ha recibido el don de enseñar, aplíquese a enseñar; el que ha recibido el don de exhortar, exhorte; el que reparte limosnas, déla con sencillez; el que preside, hágalo con vigilancia; el que hace obra de misericordia, practíquelas con alegría". (Rom., XII, 4-7).

•

"El mundo y el hombre no tendrían razón ni posibilidad de existir, si no participasen del ser eterno de Dios Creador."

Pío XII — (Mensaje de Navidad, 1957).

Relaciones humanas en la industria

por WILLIAM THAYER A. (1)

Su Filosofía.

RELACIONES Humanas es un esfuerzo por aplicar a la Industria Moderna los principios de respeto a la dignidad del hombre, a su libertad y a sus derechos; amor al prójimo y fraternidad social que Cristo predicara hace veinte siglos; que el Evangelio nos recuerda y que un complejo de situaciones históricas desterraron del campo industrial durante los últimos siglos.

Quizá a algunos pueda parecer aventurada esta observación; a otros parecerá trivial. En todo caso, es necesaria. El hecho primordial, distintivo, de un auténtico concepto de las relaciones humanas, se afianza en un concepto sólido, moral, filosófico, religioso, integral del hombre. No es que tal ciencia requiera o exija una definición religiosa determinada. Ni siquiera como requisito la profesión de la Moral Cristiana, patrimonio común de los pueblos americanos. Lo que si es indispensable es que quienes profesan un credo religioso; quienes tienen un sentido moral o filosófico profundo del valor del hombre como sujeto de la historia, han de ponerlo en juego; han de actualizarlo con intensidad y sinceridad, para penetrar con autenticidad en esta senda rectificadora de los abusos, las incomprensiones y las injusticias, y reductora de los abismos y las distancias, que son las Relaciones Humanas. El hastío por la duplicidad, por el desdoblamiento, entre lo que se piensa y lo que se dice; entre lo que se dice y lo que se hace, está en la médula misma de este esfuerzo científico y moral llamado "Relaciones Humanas" o "Relaciones Industriales". Buscar la norma adecuada; precisarla y aplicarla con eficacia, con sinceridad y amor, constituye un solo todo indivisible, indestructible, so pena de permanecer al margen del verdadero propósito perseguido y, por ende, ineficaz y estéril.

Cinco Principios Fundamentales.

En un loable esfuerzo de síntesis, más de cincuenta profesores, dirigentes sindicales, empresarios, moralistas y estudiosos, pertenecientes a las más variadas entidades industriales, científicas, sindicales y religiosas de los Estados Unidos, contándose entre ellos, protestantes, judíos y católicos, prepararon un pequeño "Guía" titulado "Human Relations and

(1) El autor es profesor de Sociología y Legislación Social en la Universidad Católica de Chile.

Modern Business" (Edit. por Prentice-Hall Inc. New York), y fundándose en vastísima bibliografía, señalaron cinco principios fundamentales, que impulsan a solidaridad humana y que son como a fuente originaria del valor y exigencia le las Relaciones Humanas. Ellos son:

1) *Dignidad del hombre:*

El hombre tiene sentido de su dignidad; tiene la convicción de que lo asisten derechos básicos que los demás deben respetar, de lo cual deriva un complejo de emociones que integran su autoestimación: búsqueda de maneras propias de expresarse y de oportunidades de progreso; éxito o posibilidades de éxito en algunos caminos y satisfacción interior por alcanzar un lugar útil en el mundo.

2) *Necesidad de ser estimado:*

El hombre busca el reconocimiento por los otros de su propia dignidad; es muy sensible al trato como ser humano y confía en que tal condición humana le será respetada por aquellos con quienes entra en relación. De ahí su profunda resistencia a ser tratado como máquina; como cosa, como un número; a ser "manipulado", ser "aprovechado", como un ser inferior. De ahí su deseo incoercible a "participar", como integrante personal, consciente, libre, responsable, en la empresa para la cual es requerido.

3) *Instinto de supervivencia:*

El hombre lucha instintivamente, naturalmente, por alcanzar los medios que aseguren la subsistencia propia y familiar en alimentos, vestido, habitación, cultura, decencia, oportunidades y descanso.

4) *Seguridad:*

El hombre es capaz de prever. No se satisface con la circunstancia actual. Busca para sí y para los suyos despejar el camino del futuro. No basta comer, habitar y vestir hoy. No basta la educación personal. Hay que pensar en el mañana, en los hijos, en la enfermedad, en la vejez.

* *

5) *Sociabilidad:*

El hombre tiende naturalmente a asociarse con aquellos con quienes puede lograr, mediante la unión, lo que aisladamente es imposible o más difícil. De ahí la unión con aquellos que invisten comunes intereses, aspiraciones, o riesgos en el trabajo, para lograr como equipo, como grupo, objetivos generales.

Algunas aplicaciones prácticas.

Uno de los aportes más útiles de la Ciencia de las Relaciones Humanas y tal vez una de las causas más precisas de su éxito, radica en la amplitud, profundidad y densidad con que penetrado la urdiembre misma de las relaciones sociales en la industria, con normas prácticas, sencillas, casi perogrullescas a veces, aunque medulares: pletóricas de un gran contenido humano y moral, a la vez que técnico y eficiente y que están provocando una verdadera revolución en la Empresa, en la Industria, en las Relaciones Individuales y Colectivas de Trabajo; en el trato del Inversionista, del Consumidor, del Agente o Funcionario Estatal; en las atribuciones del Gerente; en las vinculaciones entre los Accionistas y la Administración; etc.

Veamos así, algunos "slogans", o consejos, válidos tanto para el Gerente, como para el supervisor y, en gran proporción aplicables a cualquier trato social. Cada uno de ellos permitiría un extenso desarrollo:

1 — Vaya a los hechos. Valen más que las opiniones.

2 — Sepa oir. Permita el desahogo.

3 — Evite discusiones. Ud. gana una discusión; pero puede perder una amistad.

4 — Póngase en el lugar del otro.

5 — No sermonee. El inferior no puede hacerlo con Ud.

6 — No se enfade. Su descontrol lo rebaja.

7 — Respete la posición, la situación, el sexo o la aflicción del otro.

8 — Sepa alentar, sin ilusionar.

9 — No prometa lo que no está cierto de cumplir. Así y todo: mejor que no prometa.

10 — Considere las alternativas.

11 — Prevea los efectos remotos.

12 — Tome un partido.

Veamos algunos consejos para la Administración del Personal:

1 — Desarrolle una Política de Personal.

2 — Aplíquela en un programa.

3 — Prepare su Staff.

4 — Asegúrese el respaldo del Superior.

5 — Siga el conducto. No se salte tramos.

6 — Mantenga comunicaciones: h a c i a arriba, a su nivel, hacia abajo.

7 — Entrenamiento es básico.

8 — Trabajo de equipo: "Team Work".

9 — Haga participar: no manipule.

10 — Sepa delegar funciones. La responsabilidad no se delega.

11 — No rotule. Comprenda.

12 — No rechace. Acepte.

13 — Mire el conjunto. Sepa relacionar.

14 — Aplique la norma; pero considere el caso, el hombre. Sea recto, pero dúctil.

15 — Los resentimientos requieren solución. Fije un procedimiento de quejas.

Así podrían enumerarse, ordenarse, clasificarse y aplicarse infinidad de principios, emanados principalmente de profundas meditaciones sobre innumerables "casos", que constituyen la espina dorsal del sistema de estudio social que habitualmente desarrollan, al menos en los Estados Unidos, los estudiosos de la Ciencia de Administración Racional de Empresas.

Funciones del Administrador de Personal.

Todo el enjambre de principios, criterios, informaciones e investigaciones en el terreno de las Relaciones Humanas, en cuanto digan referencia al Personal de una Empresa determinada, se encierra en lo que suele denominarse "Administración de Personal", que en las grandes entidades da origen a un Departamento o División de Administración de Personal y en las más pequeñas a una persona responsable, denominada habitualmente "Administrador o Director del Personal".

Sus funciones principales pueden resumirse así:

1) *Aconseja a la línea* en el enfoque de los problemas del personal, cuyos puntos de vista y situaciones conoce y asume el Administrador; proponer políticas y sugerir soluciones para los problemas planteados.

2) *Diagnostica — la estabilidad y circunstancias de la organización en asuntos de personal* tales como equipos de trabajo, índices, rendimiento, ausentismo, accidentes, rotación, movilidad, quejas, dificultades, conflictos, etc.

3) *Suministra procedimientos y servicios*, como ser:

a) Reclutamiento, selección y colocación;
b) Inducción y formación del trabajador;
c) Clasificaciones y ascensos;
d) Transferencias, descansos y suspensiones;
e) Disciplinas y despidos;
f) Política de salarios y administración de salarios;
g) Métodos de pago de salarios;
h) Cambios en las tareas y en las horas;
i) Servicios para empleados (social, asistencial, previsional, cooperativos, crediticio, etc.);
j) Salud y seguridad para los trabajadores;
k) Participación de los trabajadores en problemas de la producción.
l) Varios.

4) *Asegura la coordinación y control de estas actividades*, mediante informes a los funcionarios de línea; actividades de inspección, reuniones, cursos, charlas, revistas, memorandum, etc. Mucho de lo que puede hacer un Departamento del Personal en sus relaciones con los Ejecutivos de una Empresa podremos conocerlo a través de la relación del Prof. Kibedi sobre "Formación de Ejecutivos"...

En general, en el cuadro organizativo de cualquier empresa moderna no se concibe sin la inclusión de un Departamento de Administración de Personal o de un Director del Personal, según las dimensiones. Sus funciones como se ha visto son esencialmente asesoras; su nivel, de inmediata dependencia del Jefe Superior de la Empresa, corresponde en los Estados Unidos a una Vicepresidencia, y en terminología chilena a una Sub-Gerencia.

La Administración del Personal, es a las Relaciones Humanas en el organismo empresario lo que el sistema circulatorio a la oxigenación de la sangre en el organismo del hombre.

La exploración del sujeto en sus distintas áreas.

El hombre trabajador no es sólo un sujeto económico. No ingresa a una profesión o a una empresa "en cuanto fuerza productiva o poder de rendimiento". El hombre es indivisible. Ingresa con su pasado, su presente y sus aspiraciones de futuro. Tiene edad, sexo, nacionalidad, temperamento, carácter; puede ser aprendiz, novicio, práctico, técnico, profesional, soltero, casado, viudo, separado, líder o dominado; aislado o sindicado; tener rentas propias o vivir nada más que de su trabajo; venir de un éxito o de un fracaso; ser conocido, tener parientes, amigos o apoyos, o ser solo, desconocido y desvalido; tener salud de hierro, o ser enfermizo; ser de inteligencia superior, mediana o escasa; en uno y otros casos, puede ser brillante, opaco, confuso; puede vivir en casa propia o en una población "callampa"; lejos o cerca; confortable, incómodo, o miserable, etc.

Al llegar a un cargo, a una ocupación determinada, todo ese complejo de circunstancias del sujeto, se enfrentan a una situación objetiva y ambiental. Hay un trabajo, que supone ciertas exigencias de orden físico, intelectual, moral social y experimental.

Hay esfuerzos materiales que realizar; desgaste psíquico, privaciones o tentaciones; contactos, vecindades y amistades gratas y antipáticas; habrá envidias y desprecios; afectos y resistencias; comprensiones e injusticias de parte de compañeros, jefes o subordinados. Hay un fin de la tarea asignada que puede ser tan emotiva, humana y ostensiblemente generosa, como servir a los miserables en el "Hogar de Cristo"; tan deslavada, fría e insípida, como servir de ascensorista en un edificio de rentas; tan arriesgada, deprimente y necesaria, como recolectador de desperdicios en los servicios de aseo.

¿Cómo funciona el ser humano ante estos requerimientos? Si los motores exigen lubricaciones diversas según las necesidades y las temperaturas, ¿cuáles son las exigencias naturales del ser humano ante la variedad de vocaciones y profesiones?

Fácil es comprender que la exploración del sujeto trabajador más que una tarea indispensable, es una condición previa a la verdadera comprensión social. Quien no empieza atendiendo a las fuerzas físicas, mentales o sociales que posee un sujeto, y la forma en que ellas juegan en su temperamento, en su natural y en su carácter; en su puesto, en su ambiente de trabajo; en su familia, en su barrio, o en su profesión, quedará muy distante de poder operar o aconsejar con tino y perspectivas de éxito en las delicadas cuestiones que diariamente reportan las relaciones humanas.

Ciertamente que la exploración no es el todo. Falta el tratamiento del caso; falta la actitud después del diagnóstico; la aplicación del sistema de disciplinas psicológicas, sociales, orientadoras, médicas, pedagógicas, morales o religiosas que puedan dar solución al problema planteado; pero no es aventurado señalar que el sólo esfuerzo por comprender al prójimo, que es de suyo y en principio, un "procurar ponerse en el lugar del otro", constituye no sólo la condición previa, sino muchas veces la solución misma del problema. Esto es obvio porque un número importante de problemas sólo reside en falta de comprensión.

La Iglesia, ajena a la política partidista

por JULIO JIMENEZ B., S. J.

POCO antes de ir a la imprenta el presente número de *"Mensaje"*, el Eminentísimo Señor Cardenal Arzobispo de Santiago y Primado de Chile ha hecho publicar en la prensa el siguiente desmentido:

" Ante recientes afirmaciones públicas, " declaramos que la Iglesia está por enci- " ma de la política de partidos, y deplo- " ramos la forma en que se ha aludido a " altos dignatarios eclesiásticos, atribuyen- " do a otros móviles actuaciones que sólo " se refieren al régimen interno de la " Iglesia.

" Anhelamos que se mantengan siem- " pre incólumes la verdad, la justicia y la " caridad. — JOSE MARIA CARD. *CA- " RO RODRIGUEZ, Arzobispo de San- " tiago y Primado de Chile. — Santiago, " 22 de Febrero de 1958".*

Las afirmaciones y atribuciones.

Esas recientes actuaciones públicas a que aludía Su Eminencia corresponden principalmente a los "comentarios políticos" hechos por un connotado periodista, en su audición radial del 18 de Febrero y en la revista "Ercilla" del día siguiente. No eran las primeras publicaciones relativas a eso; pero contribuyeron mucho a dar mayor difusión y aparente carácter de seriedad a algo que desde hacía tiempo se murmuraba, pero que aun no había sido afirmado tan explícita y públicamente sino en algunos periódicos y audiciones destituídos de prestigio y en que eran manifiestas la falta de escrúpulos y la mala intención o, al menos, la pasión política y la deformación tendenciosa y aun burda.

A fines de enero, el Excmo. Sr. Obispo de Chillán ya se había sentido obligado a desmentir muchísimas "falsas noticias referentes a sus actuaciones o declaraciones". "Se me ha atribuído, decía, toda suerte de actuaciones, en materia política, que están reñidas con la conducta que debe observar un jefe espiritual. Se me ha querido mostrar como activo propagandista de un determinado partido o de determinado candidato. Se ha repetido hasta el cansancio que yo habría hecho fracasar la elección de un diputado en las elecciones de renovación del Parlamento en el mes de marzo del año pasado". Hasta "se han mostrado cartas falsificadas, que yo habría escrito para hacer triunfar a mi propio candidato. Se ha publicado que yo habría amenazado bajo pecado grave a quien no vo-

tara por determinado candidato en las próximas elecciones presidenciales".

Esas acusaciones falsas e irreverentes —por eso agrega: "no se declare católico" quien las hace—, habían menudeado también contra otros Sres. Obispos y contra muchísimos sacerdotes seculares o religiosos. Si no fuera tan acostumbrado el hecho y aun conocida su explicación, podría haber extrañado el contrasentido de que casi siempre las acusaciones se hicieran precisamente contra aquellos que más abierta y constantemente han practicado y procurado la fiel observancia de las normas pontificias de prescindencia partidista dentro de las actuaciones pastorales. Era, entre otros, el caso del Excmo. Sr. Obispo de Talca. No sólo resulta que "non è vero", lo afirmado en tales casos: ni siquiera alcanza a ser "ben trovato".

A veces el desacierto de las acusaciones llegaba hasta el ridículo. Así, por ejemplo, se dijo e imprimió, con aires de quien está en el secreto, que la reciente erección en Provincia de la anterior Vice-Provincia Chilena de la Compañía de Jesús, no tenía en realidad otra finalidad que ¡el respaldar mejor la postulación presidencial de uno de los candidatos!

Para peor, en un desafortunado comentario que pretendía subrayar la declaración del Sr. Obispo de Chillán, su autor tuvo la falta de tino (por decir poco) de aseverar que idénticas falsas atribuciones de actitudes partidistas se habían hecho también respecto al dignísimo representante de Su Santidad entre nosotros. El agregar a continuación que eso importaba una grave falta de respeto a su alta investidura eclesiástica y diplomática, no impedía que se hubiera así echado a la publicidad de la prensa ese infundado e increíble rumor.

El autor de los "comentarios políticos" a que aludimos al comienzo recordaba ésas y algunas otras publicaciones que hubo alrededor de la citada declaración episcopal. Pero además entraba a dar detalladas indicaciones acerca de lo que ocultamente se decía. Dando nombres de personas y de partidos responsables, informaba sobre acusaciones que ciertos políticos católicos habrían hecho a los últimos nombramientos episcopales, atribuyéndoles el tener una intención partidista. Según él, los han tachado de "actos de intervención de lo más fuerte de la Iglesia en favor" de otra candidatura presidencial, debidos a la "indisimulada simpatía" por ésta, que "no sólo se queda en la simpatía o en las palabras". En vista de lo cual, añadía, dichos sectores han estado procurando obtener el cambio de quien culpaban de todo.

Era muy grave el que se hicieran tales acusaciones y atribuciones de fines partidistas, contra dignísimos Prelados, quienes manifiestamente están muy por encima de cualquier sospecha. Peor todavía, si las acusaciones provenían, según afirmaba el periodista, de sectores católicos responsables. Por eso, como éstos no se adelantaran a impugnarlas desmintiendo su participación en lo que se les atribuía, el Eminentísimo Cardenal Primado creyó oportuno y aun necesario intervenir él personalmente.

Sin entrar a ese terreno de si era ó no efectivo el que ciertos políticos católicos hubieran hecho tales acusaciones y atribuciones, el Cardenal se limitó a negar la verdad de éstas. Las actuaciones que, según se afirmaba, habían sido interpretadas partidísticamente, en realidad "sólo se refieren al régimen interno de la Iglesia"; y, por lo mismo, no han tenido carácter alguno partidista, puesto que "la Iglesia está por encima de la política de partidos". Deploraba, por eso, "la forma en que se ha aludido a altos dignatarios eclesiásticos, atribuyendo a otros móviles" esas sus actuaciones estrictamente religiosas; y hacía votos por que, al revés de lo sucedido en tales tergiversaciones y temerarias suposiciones, "se mantengan siempre incólumes la verdad, la justicia y la caridad".

Reiterada Doctrina de la Iglesia.

La declaración de Su Eminencia no constituía novedad alguna. Por el con-

trario, era sólo una reiteración más de algo que ha sido enseñado innumerables veces, por el propio Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo y por otros Obispos y aun por el Episcopado nacional en conjunto. Como que se trata, en último término, de una norma trazada explícitamente por la Santa Sede, no sólo en repetidas ocasiones al dirigirse a diversos otros países, sino incluso dada expresamente para Chile.

El principal documento que hay relativo a nosotros es la carta que, como Cardenal Secretario de Estado, dirigió el actual Sumo Pontífice, el 1.º de junio de 1934, al Excmo. Sr. Nuncio en Chile; cuyas normas fueron de nuevo recordadas y urgidas en 1950, mediante otra carta de Mons. Tardini al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago (1).

Se propone allí como principio básico el de que la "política de partido", aun manteniéndose dentro de lo que admite "la doctrina católica", da lugar a pluralidad de agrupaciones, según las diferencias de "sus propias escuelas e ideologías", las cuales "pueden llegar a diferentes conclusiones". Por lo mismo, aun en el mejor de los casos imaginables, "un partido político" "no puede arrogarse la representación de todos los fieles, ya que su programa concreto no podrá tener nunca un valor absoluto para todos, y sus actuaciones prácticas están sujetas a error"; y, por su parte, "la Iglesia no podría vincularse a la actividad de un partido político sin comprometer su carácter sobrenatural y la universalidad de su misión".

De ahí deduce ciertas normas concretas. En cuanto a formar partidos o a ingresar en los ya existentes, "debe dejarse a los fieles la libertad, que les compete como ciudadanos, de constituir particulares agrupaciones políticas, y militar en ellas, siempre que éstas den suficientes garantías de respeto a los derechos de la Iglesia y de las almas". Respecto a la actuación pastoral, establece taxativamente que "deben los Obispos mantenerse ajenos a las vicisitudes de la política militante y a las luchas y divisiones que de ellas se siguen, y abstenerse, por lo tanto, de hacer propaganda en favor de un determinado partido político". Incluso en los casos de "defensa de los derechos amenazados de la Iglesia", en que deben llamar a todos los católicos en cuanto tales, advierte expresamente que aun "en tal hipótesis no harían ellos (los Obispos) política de partido". Insiste, citando las normas del Concilio Plenario de la América Latina, en que la obligación de cumplir los deberes cívicos se inculque sólo de una "tal manera que, declarada la obligación general, el sacerdote no aparezca favoreciendo a un partido más que a otro", entre los admisibles, se abstenga prudentemente en todo aquello en que, "dentro de los límites de la doctrina y de la ley cristiana, caben distintas opiniones" y "no se mezcle en las facciones políticas". Por eso, dice más adelante, citando otra carta del mismo Cardenal Secretario de Estado, no debe actuar la Jerarquía de la Iglesia en forma que "dirija a los jóvenes católicos de tal suerte que éstos se inclinen a uno más que a otro de los partidos políticos que den suficientes garantías para la conveniente defensa de la causa y de los derechos de la Iglesia".

Verdadero significado de las acusaciones.

Todas esas normas, tan insistentemente inculcadas por la Santa Sede y por el Episcopado nacional, desde Don Crescente, han ido teniendo un cumplimiento cada vez más amplio y notorio. Generalmente se las observa en grado suficiente; y sobre todo ha habido numerosos Prelados, sacerdotes seculares y religiosos y simples laicos que han sobresalido ejemplarmente en eso, desplegando toda la delicada prudencia posible para evitar que sus actividades apostólicas tuvieran el menor asomo de política partidista. ¿Cómo se explica, entonces, que precisamente sobre ellos hayan caído, en la presente ocasión como en muchísimas otras,

(1) *Nota de la Dirección* — En el presente número reproducimos ambas cartas, en la sección "Documentos", págs. 92-96.

las acusaciones de estar haciendo política de partido?

Ciertas ignorancias, prejuicios y apasionamientos hacen ver lo que no hay y así explican buena parte de esas acusaciones, sobre todo cuando vienen de personas alejadas o enemigas de la Iglesia. Pero además, y en forma muy principal, influyen en ello dos maneras muy curiosas de concebir lo que se entiende por "intervenir el sacerdote en política".

Según una de esas peculiares concepciones, se "interviene en política" por el solo hecho de difundir doctrinas o procurar medidas que toquen temas propiciados o combatidos por algún partido. Si determinada agrupación política lleva en su programa la disolución del vínculo matrimonial, y el sacerdote —por ser doctrina católica— predica que el matrimonio es indisoluble, ¡ya intervino el sacerdote en política! Si algún otro partido propicia la debida educación cristiana, o las reformas sociales urgentes para dar a las personas posibilidad de vida digna, y el sacerdote —porque todo eso pertenece a las verdades religiosas— enseña otro tanto, ¡de nuevo, ya intervino en política! Ha habido épocas y regiones en que bastaba rehusar el culto de los ídolos, celebrar la Santa Misa aun en privado, reconocer la autoridad religiosa del Papa, o confesar que Jesucristo es el Hijo de Dios, para que, por eso solo, ¡se estuviera haciendo política!

Es bastante frecuente el confundir así las cosas, al menos dentro de un cierto margen, y atribuir carácter político a lo que sólo es el cumplimiento de una actividad estrictamente religiosa; o considerar como conexión partidista a lo que sólo es coincidencia en principios e ideales cristianos o al menos filosóficos o sociales. Pero, evidentemente, el solo hecho de que un partido ataque ciertos puntos de las enseñanzas de Cristo y su Iglesia, o de que otro quiera inspirarse en ellos, no impide que dichas enseñanzas sigan siendo lo que eran, no las arranca del conjunto de la doctrina religiosa de la Iglesia, ni quita por tanto que al enseñarlas y promoverlas como tales desempeñe el sacerdote simplemente su misión espiritual.

Si no fuera así, le sería muy fácil a cualquier partido político eliminar de la doctrina cristiana uno a uno todos los dogmas de la fe... ¡Bastaría que los incluyera en su programa o que los negara en él!

Por muy curiosa que sea esta primera concepción de lo que significa "intervenir el sacerdote en política", todavía es mucho más increíble la otra. Viene a reducirse a esto: el sacerdote "hace política" por el solo hecho de... ¡negarse a hacerla! Desde el momento en que se resiste a dar su respaldo religioso a determinado partido político, por esa sola ausencia de actitud partidista, sin más, ¡ya está actuando partidísticamente! Naturalmente, este cargo viene de dentro de agrupaciones que se tienen por únicas y obligatorias para todo católico; que pretenden, contra lo que dicen expresamente los documentos pontificios ya citados, que no hay libertad, sino necesidad, de adherir a ellas; que, en una palabra, se apropian el tajante "quien no está conmigo, está contra mí". Así, el solo hecho de no actuar políticamente en su favor, ya es "actuar políticamente" en contra... pese a que es un simple "no actuar", y a que ese "no actuar" es lo obligatorio para el sacerdote en el desempeño de su misión.

¿Se duda de que pueda existir un caso así? Recuérdese, entre miles que podrían citarse, lo que pasó al Padre Hurtado. Fue su negativa absoluta a mostrarse inclinado en favor de ningún partido determinado, fue su total oposición a participar en actitudes o actividades partidistas, fue su rechazo de establecer o admitir discriminaciones entre católicos por razón de sus posiciones políticas, fue su entera prescindencia en las luchas de los partidos, fue, en una palabra, su absoluta sumisión a las terminantes instrucciones de la Santa Sede de no aparecer favoreciendo más a un partido que a otro entre los católicos, fue eso lo que le atrajo dificultades y ataques de ciertos dirigentes políticos que, a toda costa, procuraron que influyera en favor de ellos. Jamás pudieron conseguirlo. Como decía en su me-

morándum de 29 de octubre de 1942 alguien que conocía el caso muy de cerca el entonces Presidente Nacional de la Asociación de Jóvenes Católicos, actualmente diputado conservador— el Padre Hurtado como Asesor dejaba a los "jóvenes libres para elegir la situación política que consideren más justa dentro de un orden social. Libres para elegir sin tutelas de ninguna especie y sin que su Asesor les haya jamás indicado el partido a que deben entrar para actuar en política". Bastó eso para que calificaran su actitud prescindente respecto a todos, de ¡partidista en favor de otros! Hasta se le acusó de propiciar el abstencionismo absoluto de los jóvenes en política, afirmación calificada en ese memorándum de "completamente falsa ya que en todo momento la Acción Católica indica a sus componentes la necesidad de que actúen en política como forma eficaz de apostolado", prescindiendo sólo de dirigirlos hacia algún partido determinado. En el libro de A. Magnet se podrá encontrar algún documento en el cual el propio Padre Hurtado recuerda, muy escuetamente pero dando nombres y calificativos concretos, cómo se le hizo el cargo inverosímil de intervenir en favor de otros ¡precisamente por no intervenir en favor de nadie!

Respecto a Prelados, todavía no se ha olvidado lo sucedido cuando, en una reunión general de Asesores de Acción Católica, a principios de noviembre de 1942, el actual Cardenal Primado, entonces sólo Arzobispo de Santiago, hizo una exposición de las claras normas de prescindencia partidista del clero, ciñéndose completamente a la Carta del Cardenal Pacelli y, por lo mismo, sin el menor asomo de actitud que no fuera estrictamente religiosa. Y no sólo se recuerda, sino que hasta se halla publicada en la prensa de la época —tomada seguramente de una de tantas copias que se hicieron circular— la violenta requisitoria política de que se hizo objeto la Carta de Septiembre del mismo año en la que el Excmo. Obispo de Talca precisaba al Presidente de su Junta Diocesana de A. C. esas mismas normas. No era sino la actitud de prescindencia partidista afirmada en esos casos, la que daba lugar a interpretaciones y ataques de orden típicamente partidista.

Eso mismo es lo que mejor explica estas diversas acusaciones infundadas que han circulado ahora último y a las cuales el Emmo. Sr. Cardenal se refiere en su desmentido. En todas esas calificaciones que se ha pretendido hacer de varios Excmos. Sres. Obispos, como de otros muchos sacerdotes y hasta de Ordenes religiosas enteras, cual si estuvieran actuando partidísticamente en favor de una determinada candidatura presidencial, en realidad no hay sino esa misma acusación de "estar actuando a favor de otro" por el solo motivo de que *no se está actuando a favor de nadie.*

El mismo hecho de guardar la debida prescindencia política es considerado como una actitud partidista. Así la acusación se convierte en un verdadero homenaje.

•

"Cuando el progreso técnico aprisiona al hombre dentro de sus espirales, segregándolo del resto del universo, especialmente del espiritual e interior, le comunica sus propios caracteres, de los que los más notorios son: la superficialidad y la inestabilidad."

Pío XII — (Mensaje de Navidad, 1957)

Antisemitismo

por MIGUEL RIQUET, S. J.

BIEN sabemos hasta dónde puede llevar el antisemitismo. Seis millones de seres humanos, hombres, mujeres, niños desde los más jóvenes hasta los más viejos, sepultados en los hornos crematorios — Auschwitz, Maidaneck, Treblinka, Mauthausen, Bergen, Belsen, etc. Pero antes de expirar en la cámara de gas, o de morir de agotamiento en un sórdido recinto, habían debido sufrir todas las afrentas, todas las vejaciones, todas las brutalidades que puede inventar el odio más encarnizado. Para siempre, el antisemitismo llevará sobre sí, la responsabilidad y la vergüenza de esa gigantesca carnicería, cuyas dimensiones y cruel barbarie sobrepasan inmensamente todo lo que el odio y el desprecio al judío, habían podido inspirar anteriormente a hombres que se creían civilizados. En adelante no se puede dar entrada en el alma a la pasión antisemita, sin hacerse cómplice, por lo mismo, de los horrores que Alemania nacional-socialista hizo presenciar al mundo.

Porque el renacimiento de las mismas excitaciones al odio, de las mismas propagandas, de los mismos slogans antisemitas, necesariamente llevaría a resultados semejantes. ¿Acaso no es significativo e inquietante que, entre los despojos del ejército egipcio, en la península del Sinaí se encontrasen millares de ejemplares del Mein Kampf traducido al árabe? ¿Se pretende trasladar la rabia antisemita del nacional-socialismo al Islam para su difusión? Sin lugar a duda, los árabes también son semitas: Ismael no es menos hijo de Abraham que Israel, y el Dios del Islam es el mismo que el de los patriarcas y de los profetas del judaísmo, pero el fanatismo es capaz de todas las paradojas.

Precisamente, el antisemitismo se caracteriza por las pulsiones irracionales y primitivas que encubre. Revela un complejo infantil y patológico, el complejo del que carga con las culpas de los demás. Así como el niño, los pueblos primitivos necesitan descargar sus terrores, sus remordimientos y sus resentimientos sobre algún ser, arbitrariamente escogido como responsable de cuanto sucede de desagradable, o como substituto ofrecido a la cólera divina para librarse de todo sentimiento de culpabilidad. Sólo él, como culpable de todo, pagará por todos, y su expulsión y hasta su destrucción librará al mundo de su miseria. De ahí

Nota: Tomamos el presente artículo de Informations Catholiques Internationales. 1º Junio de 1957.

* * *

que cada uno se dispensa de ese esfuerzo, siempre arduo, de reflexión y de conversión, mediante el cual, el hombre asume sus propias responsabilidades y resuelve sus problemas por un trabajo de inteligencia y de voluntad. Prefieren poner todo el peso sobre los judíos.

Así fue como en la edad media encontraban sencillo y cómodo hacer responsable al judío de las calamidades públicas, tales como la gran peste negra y en todo crimen algo misterioso se apresuraban a ver un asesinato ritual. ¿Quién se atrevería a decir que entre los civilizados del siglo XX no subsiste nada de esa tendencia oscura y primitiva de satisfacerse con explicaciones simplistas y descargar su miedo o su resentimiento sobre (los machos de carga) que algunas propagandas interesadas les designan?

Es muy consolador el hecho de que las más vigorosas reacciones contra esta tendencia, han venido de los Pontífices Romanos. En 1247, el Papa Inocencio IV protestó contra el rumor que se esparció entonces en Europa y especialmente en Alemania, acusando a los judíos de crímenes rituales. Él lo declaró estúpido e inverosímil, puesto que es contrario a todas las tradiciones y al espíritu del judaísmo. Condena severamente los malos tratamientos infligidos en esa ocasión a los judíos, cuya condición, escribe, sería peor que la de sus padres, sometidos al Faraón en Egipto. En 1348, el Papa Clemente VI demuestra la inverosimilitud y la inepcia del rumor que hace responsable a los judíos de la peste negra que asoló a Europa. En esa ocasión, recuerda las graves sanciones con que sus predecesoras, especialmente Gregorio IV, amenazaron a los cristianos que se permitían maltratar, herir o matar a los judíos; así como también a los que perturbaban sus ceremonias en las sinagogas o profanaban sus cementerios.

Esas reiteradas protestas pontificales demuestran a la vez que el comportamiento de los cristianos para con los judíos, en la Edad Media, fue, más de una vez, inhumano, pero que la autoridad suprema de la Iglesia le opuso constantemente esa afirmación: que la persona, la vida y los bienes de los judíos debían ser respetados y salvaguardados, al igual que los de todos los demás hombres. Muchas veces también, los Papas recordaron la regla tradicional que el Papa San Gregorio el Grande, ponía de relieve en el siglo VI: que no debe tratarse de convertir a los judíos, mediante la violencia y el apremio, sino con dulzura y bondad.

Es cierto que, tanto en ese dominio como en otros, la larga serie de bulas pontificales revela una constante tensión entre dos preocupaciones divergentes, si no, contrarias. Por una parte, la autoridad eclesiástica se aplica a preservar a los judíos de todo ataque a sus vidas, a sus bienes, a sus justas libertades, es eso para ella, un deber cierto. Pero, por otro, se preocupa de preservar a los cristianos de la seducción que, con frecuencia, en la historia ha ejercido Israel, sobre ellos, con mayor razón, de las presiones que los amos Israelitas pudieron ejercer sobre sus esclavos o servidores cristianos. De allí, las medidas de segregación, las voces de alerta, los tratados contra la insolencia de los judíos, cuyo tono agresivo o carácter vejatorio parecen alentar esas reacciones brutales de la muchedumbre que por otra parte condenan.

Para comprender que esas dos series de actos no se contradicen, basta recordar como lo hizo valientemente en 1942, Mons. Bressolles, el caso famoso de Agobard, Arzobispo de Lyon desde 816 hasta el año 840. El prestigio de rabinos cultos y de judíos pudientes, sostenidos por Luis el piadoso, había provocado en la región lionesa, la conversión de cierto número de cristianos al judaísmo. ¿Cómo no había de reaccionar un Pastor celoso por el bien de su rebaño? Hízolo Agobard, con alguna virulencia, pero su conclusión puede servir aún, de útil advertencia a los antisemitas de hoy: "Puesto que los judíos viven entre nosotros y no debemos manifestar respecto a ellos ninguna maldad, ni atentar contra sus vidas, su salud o sus riquezas, guardemos la medida prescrita por la Iglesia, a saber: condu-

cirnos para con ellos con prudencia y al mismo tiempo con humanidad". (P. L. 104, col. 74).

La única actitud cristiana.

Prudencia, humanidad. Esta constante preocupación de los Pastores de la Iglesia, no ha impedido como sabemos, las molestias, las exacciones, los pillajes y las matanzas improvisadas por las muchedumbres, ni aún las medidas vejatorias, ordenadas por los príncipes temporales, incluso a veces, el soberano temporal de los Estados Pontificios. No se trata de negarlo y menos de aprobarlo. El cristiano de hoy, retiene solo, que a través de las vacilaciones y fluctuaciones, hasta tristes en la práctica, se han desprendido netamente cada vez más, principios que fijan hoy, sin ambajes, la única actitud conforme a un cristianismo auténtico.

En primer lugar, como enérgicamente lo proclamaba el Cardenal Saliège, ante el furor nacional socialista desencadenado hasta en Francia: "Los judíos son hombres, las judías son mujeres. ¡No todo está permitido contra ellos, contra esos hombres contra esas mujeres, esos padres y esas madres de familia! Ellos forman parte del género humano; son nuestros hermanos, como tantos otros: un cristiano no puede olvidarlo". Y el 25 de marzo de 1928, el Santo Oficio, con la particular aprobación del Papa Pío XI, declaraba: "Porque reprueba todos los odios y animosidades entre los pueblos, la Sede Apostólica condena en absoluto el odio contra el pueblo, en otro tiempo escogido por Dios, ese odio que hoy comúnmente se designa con el nombre de antisemitismo".

Un verdadero cristiano no puede aceptar sentir odio o desprecio por un hombre bajo el único pretexto que es judío, de raza o de religión. Él no cede a la manía de generalizar más bien contra los judíos que, contra los demás, acusaciones falsas o verdaderas. Ni se permite excitar el resentimiento contra ellos, cargándolos de reproches o esparciendo añejas calumnias.

Tampoco se complace sádicamente en herirlos en su fe, su Sábado, su circuncisión, su ley; y se niega a aprobar los envilecedores tratamientos, con que fueron y son todavía humillados. No se alegre de ver al judaísmo atacado o molestado mediante la violencia física, la conversión forzada, la apostasía interesada.

Un lazo de unión.

Pero un verdadero cristiano no puede contentarse con reconocer a los judíos, los mismos derechos y la misma dignidad que a los demás hombres, todos creaturas del mismo Dios, todos amados de Dios, como nosotros mismos. Reconoce en ellos, los vástagos de un pueblo que Dios especialmente escogió y del que según la carne, salió Aquel que es para nosotros el único Salvador, Jesucristo Nuestro Señor. Porque entre judíos y cristianos, ese mismo Jesús es a la vez un signo de contradicción y un lazo de unión. Acaso no es para nosotros, como dice San Pablo "nuestra paz, Él, quien de los dos (judíos y no judíos) hace un solo pueblo, destruyendo el muro de odio que los separaba, aboliendo en su carne esa ley de los preceptos con sus ordenanzas, a fin de formar de los dos, en Él, un solo hombre nuevo, haciendo así la paz y de reconciliar a ambos con Dios en un solo cuerpo, por medio de su cruz, destruyendo la enemistad de ellos. (Efesios, II, 14-16).

¿Cómo entonces puede un cristiano tomar pretexto de la muerte de Jesús en la cruz, para hacerse a su vez verdugo de los judíos, como si estuviésemos encargados de vengar al Hijo de Dios? Nada es más contrario al pensamiento de Jesús que muere clamando al cielo: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". Nada menos semejante a la actitud de Pedro y los Apóstoles para con aquellos mismos que fueron directamente responsables de la muerte de Jesús: "Hermanos míos —les dijo—, yo sé que habéis obrado por ignorancia y asimismo vues-

tros jefes. Arrepentíos pues, y convertíos, a fin de que se borren vuestros pecados".

Pero si Pedro hablaba así a aquellos que eran más o menos inmediatamente responsables de la muerte de Jesús. ¿Cómo tener una actitud menos misericordiosa hacia esa inmensa masa de israelitas que, separados de esa muerte por la distancia o por el tiempo no tuvieron en él ninguna parte y que, ahora se niegan cada vez más a ratificar la sentencia de Caifás y del Sanhedrín y hasta profesan por la persona de Jesús y su mensaje, respetuosa simpatía?

La única actitud verdaderamente cristiana es la que nos sugiere San Pablo: "Hermanos, el deseo de mi corazón y mi oración a Dios por ellos, es su salvación. Pero esa salvación no les está menos destinada que a nosotros. Por ellos y a través de ellos nos fue destinada, por eso dice San Pablo que, día vendrá, en que todo Israel se salvará. Porque en consideración a su elección, son muy amados, a causa de sus padres. Porque los dones y el llamado de Dios, son sin arrepentimiento."

Conviene, pues, al cristiano, tener hacia Israel, el de ayer y el de hoy, una actitud de deferente consideración porque es a ellos a quienes pertenece primero, la adopción y la gloria y las alianzas y el don de la Ley y el culto y las promesas, a ellos los patriarcas y de ellos según la carne, salió Cristo, Dios, bendito sea; pero conviene también amarlos como hermanos. Porque sus padres murieron en la misma fe que nos salva, y nosotros somos espiritualmente de la raza de Abraham su patriarca y el nuestro, asociados, por lo tanto a ellos en el pensamiento de Dios, que a todos nos ha incluído en la desobediencia, para hacer misericordia a todos.

Un mismo misterio, un mismo designio de Dios, asocia indisolublemente, en Jesucristo, el destino de Israel y el de los cristianos. Sería desconocerlo y negarlo, si no se tuviese por los hijos de su pueblo, el mismo amor que Jesús; un amor que se aflige por todo lo que aleja de Dios, tanto a los cristianos como a los judíos, es decir, el pecado; todas las formas de la idolatría todo lo que hace a su alma adúltera por traicionar la fidelidad a la alianza; todo lo que conscientemente los opone al designio de la benevolencia y de la misericordia divinas, muy especialmente el egoísmo y el odio; un amor que se regocija con todo lo que tiende a hacer progresar a los hombres —judíos o griegos, bárbaros o civilizados, esclavos o libres, hombres y mujeres, todos pecadores— en el reconocimiento del amor que Dios nos demuestra en Cristo Jesús. Pero ¿cómo podría Israel reconocer jamás ese amor en el rostro impregnado de odio y con demasiada frecuencia criminal del antisemitismo?

•

"Vosotros, Reyes Magos, sois especialmente mis patronos y patronos de todos los que han llegado tarde,

de todos los que llegan a la luz de la fe por el camino pesado de la incertidumbre,

de todos los que se encuentran apartados, en su ciencia inútil y sus especulaciones,

de todos los que, por falsa condescendencia, se hacen cómplices del pecado.

por amor de Aquel que no ha rechazado vuestros curiosos presentes, rogad siempre por los intelectuales, los complicados, los delicados. Que no sean olvidados ante el trono de Dios, donde los sencillos encuentran el Reino".

Evelyn Waugh.

Ultimos escritos de Max Planck[1]

por GUIDO ZAPPA

PLANCK es considerado con toda razón como uno de los padres de la Física contemporánea. En efecto, es sabido cómo el concepto de "quantum elemental de acción", introducido precisamente por Planck, a principio de siglo, y aplicado después por Bohr para explicar la estructura del átomo, revolucionó completamente las concepciones tradicionales de la física y contribuyó a crear un modo de vivir en cierto sentido en antítesis con aquello a que el mismo Planck estaba inclinado por su personal temperamento y por su propia formación mental.

Una primera colección de escritos filosóficos del gran físico alemán, muerto hace pocos años, apareció en un volumen titulado *"El conocimiento del mundo físico"*, en que se reunían escritos que alcanzaban hasta 1933. Recientemente ha aparecido una nueva recopilación titulada "Max Planck, *Autobiografía científica y últimos escritos"*, 1956, en la que están reunidos los trabajos posteriores a 1933, incluso algunos publicados sólo después de su muerte. Aunque éstos siguen, en gran parte, la misma línea de los precedentes. conviene examinarlos detalladamente, no sólo por la profundidad del pensamiento y el amplio contenido humano, sino para coger una cierta evolución en el pensamiento del autor.

Autobiografía Científica.

El primer capítulo, intitulado "Autobiografía científica", que reproduce un escrito póstumo, tiene un carácter diverso de los demás. Se narra allí la historia de los estudios y de la carrera científica del autor, sin ninguna retórica, con una vena de fino humorismo y un ligero matiz de escepticismo, compensado, empero, con vivo sentido de humanidad.

"La decisión de dedicarme a la ciencia —comienza— fue la consecuencia directa de un descubrimiento que nunca ha cesado de llenarme de entusiasmo, desde mi primera juventud: las leyes del pensamiento humano coinciden con las leyes que regulan la sucesión de las impresiones que recibimos del mundo que nos rodea, de manera que la lógica pura puede permitirse penetrar en el mecanismo de este último. Para este fin es de fundamental importancia que el mundo externo sea algo independiente del hombre,

---

(1) Versión de un artículo de la revista italiana *"Studium"*, Abril de 1957.

algo absoluto. La investigación de las leyes que se aplican a este absoluto, me pareció ser el fin científico más alto de la vida".

En estas líneas está encerrado el motivo conductor de toda la actividad científica y de la orientación filosófica del autor. Tal motivo se encuentra con mucha frecuencia en sus demás escritos.

Después de la descripción de la impresión recibida por su mente de adolescente cuando su profesor de Gimnasio le reveló el principio de la conservación de la energía, pasa Planck a narrar sus primeras experiencias del ambiente universitario, en Munich, donde tuvo profesores hacia los cuales guardaba mucho reconocimiento pero que, no obstante, "en las cuestiones científicas, sólo tenían una importancia local", y en Berlín, donde su horizonte científico "se abrió notablemente, bajo la dirección de Hermann von Helmholtz y Gustav Kirchoff, cuyos alumnos tenían oportunidad de seguir sus actividades de pioneros, conocidos y observador por todo el mundo". Empero, observa Planck (y tales consideraciones deberían ser profundamente meditadas por nosotros los docentes), "las lecciones de estos últimos no fueron de gran provecho para mí". El primero no preparaba sus lecciones, procedía fatigosamente, se equivocaba con frecuencia en los cálculos que hacía en la pizarra, tanto que dice Planck, "todos teníamos la impresión de que estaba tan hastiado con nosotros, como nosotros con él"; al final, sólo asistían a clase tres estudiantes. Por el contrario, Kirchoff siempre preparaba cuidadosamente sus lecciones. "Ni una palabra de menos, ni una palabra de más. Pero era seco y monótono; parecía que recitaba de memoria. Le admirábamos a él, pero no así lo que decía".

Se empeñó entonces Planck por saciar su ser de saber, leyendo por su cuenta las materias que le interesaban; y sintió especial atracción por los tratados de Clausius, y en particular por la formulación exacta dada por éste a los dos principios de la termodinámica. Tal lectura le inspiró la profundización del concepto de entropía, que fue el tema de su tesis de doctorado.

Pero el efecto de su disertación sobre los físicos de la época "fue totalmente nulo". Según él, Helmholtz probablemente ni siquiera leyó su trabajo, y Kirchoff desaprobó expresamente su contenido. No consiguió Planck llegar hasta Clausius. "El —afirma Planck— no respondió a mis cartas, y cuando fui personalmente a buscarlo a Bonn no lo encontré en su casa".

No seguiremos de cerca los sucesivos pasos de la carrera científica de Planck. Después de algunos años de ser asistente en Munich, durante los cuales continúa asiduamente sus estudios sobre la entropía, obtiene en 1885 una cátedra de física teórica en Kiel. Pero él, tal vez por modestia o por aquel ligero escepticismo que a veces lo invade, afirma: "A decir verdad, sospechaba, y no sin razón, que esta sonrisa de la buena fortuna no era debida tanto a un reconocimiento de mis méritos científicos, cuanto, más bien, al hecho de que Gustavo Karsten, profesor de física en Kiel, era un amigo querido de mi padre". En 1889 es llamado a Berlín, a la cátedra vacante por la muerte de Kirchoff. Fueron aquellos, afirma él, "los años de mayor expansión de mi panorama científico y de mi modo de pensar". Se puso allí en contacto "con los pioneros mundiales de la investigación científica". Aprendió a conocer a Helmholtz, a quien, cuando él era estudiante, había juzgado mal, porque no era claro en sus clases; y entonces aprendió "a respetarlo como hombre, no menos de lo que siempre lo había respetado como sabio". "Por su personalidad, honradez de convicciones y modestia de carácter —afirma Planck— era él la encarnación misma de la dignidad y de la probidad de la ciencia. Estos rasgos de su carácter estaban reforzados por una verdadera gentileza humana que me conmovió profundamente el corazón. Cuando, durante una conversación, me miraba con aquellos ojos tranquilos, penetrantes y no obstantes benignos, se apoderaba de mí un sentimiento de ilimitada confianza y

de devoción filial, y me daba cuenta de que podía confiarme a él sin reserva sabiendo que sería un juez bueno y tolerante. Una sola palabra suya de aprobación, no digo de alabanza, me habría hecho más feliz que cualquier triunfo".

Junto a estas notas agradables de su vida científica, refiere Planck otras más bien amargas. "Una de las más penosas experiencias de mi vida científica —observa— fue que muy pocas veces, casi podría decir nunca, conseguí obtener un reconocimiento general de algún resultado nuevo, cuya verdad podía probar con una demostración rigurosa, aunque solo teórica". Sucedió así con respecto a la tesis por él sostenida (y hoy universalmente aceptada) acerca de la diferencia sustancial entre el paso de un calor de una temperatura más alta a una más baja y el traslado de un peso desde una posición más elevada a una inferior. "Todas mis demostraciones rigurosas —dice él— cayeron en oídos sordos. Era del todo imposible ser escuchado, contra la autoridad de hombres como Oswald, Helm y Mach". Al fin prevaleció su tesis, pero a consecuencia de consideraciones totalmente diferentes, es decir, mediante la teoría atómica de Boltzmann. Estalló una ardiente polémica entre Oswald y Boltzmann, en la cual Planck sólo pudo tener "la parte de segundo, después de Boltzmann, un segundo cuyos servicios no eran evidentemente apreciados, ni siquiera tomados en cuenta, por él". Al fin Boltzmann prevaleció, como preveía Planck. "La diferencia sustancial entre la conducción del calor y un proceso puramente mecánico, fue universalmente reconocida".

De este episodio Planck deduce una importante observación acerca del modo cómo nuevas teorías concluyen por imponerse en la ciencia: "Una verdad científica no triunfa porque sus opositores se convencen y ven la luz, sino más bien porque al fin mueren, y nace una nueva generación, a la que los nuevos conceptos se tornan familiares". Creo que esto es verdad en cuanto a muchas teorías: algo semejante sucedió, por ejemplo, con la teoría de la relatividad.

Se detiene después Planck a describir sus estudios concernientes al problema de la distribución espectral de energía en una cavidad vacía, con paredes especulares, que contenga un número cualquiera de sustancias absorbentes y emitentes. Como se sabe, tales estudios condujeron a Planck al descubrimiento del "Quantum de acción". No seguiremos a Planck en la interesantísima exposición de sus investigaciones, porque sería preciso que entrásemos en cuestiones de carácter demasiado técnico: empero, no queremos pasar en silencio otro episodio significativo. Advierte él que, en un momento dado, "por un capricho del destino", una circunstancia anteriormente considerada por él como desagradable, es decir, la falta de interés de sus colegas por la dirección escogida por él para estudiar el problema, "se transformó en una ventaja sensacional". En efecto, él pudo seguir su propio camino, que lo condujo al éxito, y desarrollar sus cálculos "con facilidad, hasta el fondo, sin temor a interferencias o competencias".

Alude después Planck a sus tentativas de colocar el "quantum elemental de acción" dentro del esquema de la teoría clásica. Duraron un cierto número de años, costáronle gran fatiga, pero no llegaron a puerto. Muchos de sus colegas —afirma él— vieron en eso "algo que confinaba con la tragedia"; él, en cambio, a través de ello, descubrió que el "quantum de acción" tenía en física un significado mucho más importante que todo lo que él hubiese pensado al comienzo, y que era necesario "introducir métodos de análisis y razonamientos completamente nuevos en el estudio de los problemas atómicos". Eso hicieron después Bohr, Schrödinger y otros pioneros de la física cuántica.

La física cuántica se convirtió gradualmente en el centro de interés de Planck, junto con la teoría de la relatividad. En ambas teorías vio realizada la investigación de algo absoluto, investigación que es, según él, "el fin más noble y más digno de la ciencia". En la teoría de los "quanta", el valor absoluto es dado por

el "quantum de acción"; en la relatividad, por la velocidad de la luz.

¿Determinismo o indeterminismo?

Los problemas científico-filosóficos que más apasionaron a Planck, y sobre los cuales más se detiene, son el del determinismo en la ciencia, el de las relaciones entre la causalidad y el libre albedrío, los del significado y de los límites de la ciencia exacta.

Se sabe cómo el llamado principio de indeterminación de Heisenberg, según el cual es imposible, no sólo prácticamente sino también conceptualmente, determinar simultáneamente la posición y la velocidad de un electrón en un instante dado, abrió camino a una concepción indeterminista en la física. Planck, a fin de llegar a una más exacta valorización del alcance filosófico de este principio, somete a minucioso análisis la función del concepto de causalidad en las ciencias físicas (en el cap. IV, compuesto de un artículo póstumo, "El Concepto de Causalidad en la Física" y en parte del capítulo III, titulado "Determinismo e Indeterminismo", escrito en 1938).

Pone como punto de partida de sus consideraciones, el principio: "un acontecimiento está causalmente determinado, si puede ser predicho con certeza": éste es, según Planck, "un criterio infalible de la presencia de una relación causal".

Empero, en la naturaleza, observa Planck, ningún fenómeno puede ser previsto con absoluta certeza; y esto, porque, por muy precisos que sean nuestros instrumentos de medida, jamás podremos prever con absoluta seguridad los resultados de las medidas efectivas: el acuerdo entre las previsiones y las medidas efectivas podrá llegar hasta cierto grado de aproximación; pero nunca podrá ser perfecto.

Se abren entonces dos caminos: o conservar a la letra el citado criterio de causalidad; y entonces no podrá existir en la naturaleza ningún ejemplo en que pueda decirse que interviene una relación causal; o bien modificar ligeramente dicho criterio.

La segunda vía es la que ha sido seguida por la física clásica. El principio "un fenómeno está causalmente determinado, si puede ser predicho con certeza", es conservado, dando, empero, a la palabra "fenómeno" un significado ligeramente diverso. Un fenómeno ya no es "un efectivo proceso individual de medida —que comprende siempre también elementos accidentales e inesenciales— sino un cierto proceso puramente teórico; y de este modo se sustituye el mundo de los sentidos, que nos es dado directamente por nuestros órganos sensorios (o, alternativamente, por los instrumentos de medida que nos sirven como órganos sensorios más refinados), por un otro mundo, la imagen del mundo de la física, que es una estructura conceptual, hasta cierto punto arbitraria, creada con el fin de librarnos de las incertidumbres insertadas en cada medida y hacer posible una precisa correlación entre los conceptos". Y mientras "en el mundo de los sentidos la previsión de un acontecimiento está siempre asociada a un cierto elemento de incertidumbre, en la imagen del mundo de la física todos los acontecimientos se suceden según leyes definibles con precisión, es decir, son determinados de manera estrictamente causal. Por eso, la introducción de la imagen del mundo de la física —y aquí está su significado— reduce la incertidumbre en la previsión de acontecimientos en el mundo de los sentidos, a una incertidumbre en la traducción de aquellos acontecimientos del mundo de los sentidos a la imagen del mundo, y por lo tanto en la retraducción de ésta al mundo de los sentidos".

Se esperaba que tal incertidumbre pudiese progresivamente reducirse con el perfeccionamiento de las técnicas y de los métodos de medida. En cambio, "la introducción del quantum elemental de acción destruyó esta esperanza de un solo golpe y para siempre". En efecto, conforme al principio de indeterminación de Heisemberg, consecuencia de la introducción del "quantum de acción", no es po-

sible determinar contemporáneamente, con la aproximación deseada, la posición y la velocidad de un electrón. Cuanto mayor sea la precisión con que se trata de determinar la una, tanto más indeterminada se hace la otra.

En tal punto, los indeterministas consideran definitivamente refutada la ley de causalidad en física, y afirman que toda ley física tiene carácter estadístico. Pero otros salen de la dificultad en distinta forma, haciendo la hipótesis de que la tentativa de determinar contemporáneamente coordenadas e impulso de un punto material, esté físicamente privado de sentido. Esto implica la necesidad de sustituir la imagen clásica del mundo, por otra, en la que el punto material sea resuelto en un sistema de ondas materiales. La función de onda está completamente determinada para todos los tiempos y lugares por las condiciones iniciales y el contorno; por eso, en la imagen del mundo así obtenida, aún se tiene determinismo y también "la incertidumbre en la previsión de los acontecimientos del mundo de los sentidos, se reduce a una incertidumbre en la correlación entre mundo de los sentidos e imagen del mundo". No obstante, la función de onda no nos da los valores de las coordenadas en función del tiempo, sino simplemente la probabilidad de que las coordenadas posean ciertos valores en determinados instantes.

De aquí, nuevo ataque de los indeterministas contra la ley de causalidad. A su vez, los deterministas reaccionan; y la polémica puede continuar. Planck, aun sin ocultar su simpatía por la posición determinista, reconoce que se trata de dos puntos de vista diversos, ambos sostenibles. "La adhesión a una estricta visión causal, concluye Planck, no está absolutamente excluída desde el punto de vista de la física moderna, si bien su necesidad no puede ser demostrada ni a priori ni a posteriori".

No obstante, observa Planck, ni siquiera un determinista convencido puede quedar completamente satisfecho con la precedente interpretación del principio de causalidad, puesto que éste aparece ligado a la substitución del mundo de los sentidos, por la imagen del mundo, es decir, por algo antropomórfico, mientras que se desearía que fuese dejado independiente de la inteligencia humana que lo considera.

En la anterior discusión para afirmar el principio de causalidad, se ha modificado el objeto de la previsión, es decir, el acontecimiento: "pusimos en relación los acontecimientos, no del mundo de los sentidos dado directamente, sino en una imagen del mundo, creada artificialmente, y así vimos que era posible determinar con precisión los acontecimientos". Pero en vez de modificar el objeto de las previsiones se puede pensar en modificar el sujeto que predice.

Después de haber observado que "la seriedad de una previsión depende, en gran parte, de la personalidad individual de aquel que la hace", Planck afirma que "sería natural suponer que una inteligencia ideal, íntimamente familiar con todos los menores particulares de los procesos físicos", puede estar en situación de predecir con absoluta precisión los acontecimientos del mismo mundo de los sentidos. Semejante hipótesis "significa una extrapolación que no puede ser demostrada lógicamente, si bien tampoco se la puede refutar *a priori;* se la debe juzgar, no sobre la base de su veracidad, sino sobre la de su valor". Una vez aceptada semejante hipótesis, "la efectiva imposibilidad de prever siquiera un sólo fenómeno, en la física clásica como en la cuántica, parece ser una consecuencia natural del hecho de que el hombre con sus órganos sensorios y con los instrumentos de medida, es él mismo una parte de la naturaleza, sujeto a sus leyes y confinado entre sus límites, mientras el intelecto ideal está libre de tales limitaciones". Advierte Planck que es menester ponerse en guardia contra la tentación de hacer del intelecto ideal un objeto de análisis científico, y de considerarlo como una realidad similar a nosotros". La existencia de tal intelecto no puede ser demostrada (científicamente); pero es postula-

da por la "fe serena en un orden racional del mundo", fe que ha animado a todos los más grandes hombres de ciencia, desde Galileo a Kepler y Newton.

Así Planck, partiendo de un análisis de la causalidad en la física, sabe llegar, aunque sea por vía en parte fideísta, a una concepción metafísica de la causalidad, y a una inteligencia para la cual todo está determinado. Para poder ir más allá, para reconocer en la "inteligencia ideal" a la Divinidad, y para coordinar en un orden rigurosamente racional el camino intelectual que conduce a Su existencia, sería menester prolongar el razonamiento del plano de la física a aquel más general de la filosofía. Empero, es altamente apreciable que Planck, a través de la simple indagación del proceso de investigación física, haya podido acercarse tanto a tal posición.

El problema del libre albedrío.

Ligado al problema de la causalidad, está el del libre albedrío, problema que, desde hace mucho tiempo, ha estado presente en la mente de Planck. Lo afronta en el capítulo II ("Sobre la naturaleza del libre albedrío", que data de 1936) y vuelve sobre él en el capítulo V ("Pseudo problemas de la ciencia", escrito 10 años después).

El punto de partida es, como siempre, el de la exigencia de una "rigurosa causalidad universal", considerada por Planck como una hipótesis indispensable para la construcción de la ciencia. "Puesto que el fin de la ciencia es buscar relaciones rigurosas en todos los acontecimientos naturales y en la vida humana, todos inevitablemente hemos de admitir una hipótesis: la de que tales relaciones rigurosas existan y se puedan expresar en palabras". Semejante causalidad universal debe necesariamente referirse también a la voluntad humana.

Por lo tanto, es menester admitir, según Planck, que cada acción humana podría ser rigurosamente prevista por un observador que tuviese posibilidad de conocer todos los motivos y todos los estímulos internos y externos, que obran sobre la voluntad del individuo observado, y que, al mismo tiempo se mantuviese del todo pasivo, es decir, no comunicase poco a poco sus conclusiones y sus previsiones al observado. Semejante determinismo aún en los fenómenos psíquicos es, según Planck, el presupuesto de la psicología, de la historia y de todas las ciencias que consideran las acciones humanas.

Para que la previsión sea segura, es, no obstante, necesario, insiste Planck, que el observador se abstenga de comunicar al observado las previsiones mismas. En efecto, si en un instante dado el observador informa al observado que, debido a los estímulos a que su voluntad ha sido sometida, deberá necesariamente comportarse de cierta manera, está así proporcionando al observado un nuevo estímulo, que podrá producir en él una nueva reflexión y, por lo tanto, conducirlo a un comportamiento diverso de aquel previsto primero por el observador. Este, conociendo también la nueva posición del observado, podrá a su vez formular una nueva previsión, que se cumplirá con certeza sólo con la condición de que él no la comunique al observado. Si, en cambio, la comunica, se efectuará un nuevo cambio en la mente del observado, y, por lo tanto, la previsión deberá sufrir una nueva rectificación; y así, indefinidamente.

Puede imaginarse el caso de que el observador y el observado se encuentran reunidos en una misma persona. Entonces, necesariamente, cada previsión adelantada por el observador es conocida juntamente también por el observado, y, por lo tanto, está continuamente sujeta a modificación. Por eso, una persona, en el caso de que también estuviese en perfecto conocimiento de todos los motivos y estímulos conscientes e inconscientes a que su voluntad está sometida, no podría prever jamás con certeza el propio comportamiento futuro, porque la misma formulación de una previsión modifica la situación en que se encuentra la volun-

tad y por lo tanto hace que ya no sea cierta la previsión misma. En conclusión, mientras "una comprensión causal del propio pasado es posible, al menos en línea de principio, una penetración completa en los motivos de voluntad del propio presente, y con ella, una comprensión causal del propio futuro, permanecerá siempre imposible."

Por lo tanto, dice Planck, "la oposición entre una rigurosa causalidad y el libre albedrío es sólo una dificultad aparente, que se basa sobre la formulación del problema. Por esto la respuesta a la pregunta de si la voluntad está o no ligada a la causalidad, suena de modo diverso según el punto de partida que se ha escogido para la consideración. Desde un punto de vista externo, objetivo, la voluntad está ligada causalmente; desde un punto de vista interno, subjetivo, la voluntad es libre". El primero es el punto de vista propio de la ciencia; el segundo, en cambio, no se presta a consideraciones científicas, porque es diverso para cada uno de nosotros.

Para Planck, el problema del libre albedrío viene a ser, en otros términos, un seudoproblema, es decir un problema que cesa de ser tal, una vez que, en vez de formulárselo de un modo vago, sea precisado con la indicación del punto de vista del que se le quiera considerar. Otros ejemplos de seudoproblemas se tienen, según Planck, ya sea en la ciencia física (¿teoría ondulatoria o teoría de la emisión? ¿es el electrón una partícula o una onda; y así otros) ya sea en cosas que interesan más de cerca la vida del hombre. Así son el problema materia-espíritu y el problema ciencia-religión.

Planck se pregunta entonces si, frente a la disolución de muchas cuestiones grandes y pequeñas en seudoproblemas, frente al hecho de que la misma palabra *real* adquiere un significado variable según los puntos de vista, no se reduce el conocimiento físico a puro relativismo; pero de inmediato responde decididamente que no, reconociendo la existencia de valores absolutos, tanto en la ciencia como en la ética. En la ciencia, las constantes absolutas ("quantum elemental" de electricidad, "quantum elemental de acción"); en la ética, la virtud de la veracidad, de la probidad hacia la propia conciencia, con respecto a la cual "no puede darse, en este campo, el más pequeño compromiso moral, la más pequeña justificación moral, para una aun mínima desviación".

Semejante teoría de los "puntos de vista" especialmente en cuanto concierne a las relaciones entre causalidad y libre albedrío, no me parece justa. En efecto, fundándose en ella, se llega sólo a afirmar que nosotros "nos sentimos" libres, a causa de la imposibilidad conceptual de prever nuestro comportamiento futuro; en cambio, no se puede decir que nosotros "seamos" libres, porque un observador absolutamente pasivo, pero capaz de conocer todos nuestros antecedentes, podría prever, con toda precisión, nuestras acciones futuras. Por más que Planck trata de evitar pronunciarse acerca de cuál sea la verdadera realidad, la que conoce cada persona o la que conoce el observador pasivo, me parece que en el sistema de Planck el libre albedrío en realidad viene a quedar negado. Si se quiere afirmar el libre albedrío, también es menester afirmar, a mi juicio, que nadie está en estado de prever nuestro comportamiento basándose únicamente en los antecedentes. De otra manera, nuestras acciones dependerían únicamente de los antecedentes, y se desvanecería nuestra responsabilidad moral. A fin de que pueda sernos imputada la responsabilidad de nuestros actos, es menester que éstos, aún siendo influenciados en parte por los antecedentes, dependan esencialmente de una libre elección nuestra: libre no sólo según nuestro juicio particular, sino según cualquier observador. Sólo Dios conoce nuestras acciones futuras, pero no las conoce porque las deduzca de las antecedentes, sino porque Él las ve, porque para Él todo está presente. El error de Planck está, según mi opinión, en exigir un determinismo absoluto en el mundo físico. Tal determinismo puede ser una exigencia del hombre de ciencias: a éste

puede serle necesario encuadrar los fenómenos físicos en un rígido esquema determinista; pero las leyes así encontradas no deben entenderse, a mi juicio, como plenamente adherentes a la realidad: ellas la interpretan sólo hasta un cierto grado de aproximación; pero la realidad es mucho más compleja y más variada. Ella está sujeta a la ley de causalidad; pero ésta no se agota con el determinismo físico.

De este modo, el contraste entre determinismo de los fenómenos físicos y libertad del espíritu se desvanece: en la riqueza de los sucesos causales que obran en la realidad del mundo, hay sitio también para las acciones sobre el mundo material determinadas por las voluntades libres.

Significado de la Ciencia.

Se nota en Planck un continuo contraste entre una cierta tendencia al relativismo (que aparece en la teoría de los "puntos de vista") y la exigencia de algo absoluto, que se traduce en una fe profunda en la función de la ciencia y en el continuo acercamiento del mundo concebido por la ciencia, al mundo real. Aparece esto sobre todo en el último capítulo ("Significado y límites de la ciencia exacta", correspondiente a 1941 y 1947).

El punto de partida de la investigación científica es, observa Planck, el "mundo de los sentidos", es decir, el conjunto de las imágenes sensoriales. Pero ya la estructura del mundo como es concebida por el niño, es muy diversa del mundo de los sentidos, por cuanto las sensaciones han sido notablemente echadas hacia el fondo, y los elementos dominantes vienen a ser los objetos que las producen. Esto sucede en medida muy superior en la imagen del mundo de la ciencia. Tal imagen del mundo no es sino "una síntesis de diferentes impresiones sensoriales obtenidas con ayuda del concepto unitario de *cosa*". Las sensaciones producidas por los objetos son subjetivas, mientras que "la imagen del mundo, el mundo de los objetos, es el mismo para todos los seres humanos, y podemos decir que la transición del mundo de los sentidos a la imagen del mundo, equivale a la substitución de una variedad subjetiva desordenada por un orden objetivo constante, del caso por la ley, de la apariencia variable por una sustancia estable".

El mundo de los objetos es lo que es llamado *mundo real*. La palabra "real" debería indicar algo estable, permanente, inmutable, mientras que aún en la ciencia nada hay plenamente inmutable. En un tiempo eran considerados como tales los átomos, pero luego se vio que también ellos pueden cambiar. Por "real" debe entenderse lo que en una imagen dada del mundo es considerado estable, por ejemplo, los átomos en la imagen clásica, los electrones y protones en la actual.

Hay, por tanto, un continuo desplazamiento del concepto de "real". Empero, tal desplazamiento no se efectúa caprichosamente, sino por una fuerza irresistible, cada vez que se presenta un hecho nuevo que la antigua imagen del mundo no puede explicar. En segundo lugar, la antigua imagen del mundo no es abandonada del todo, sino que continúa valiendo con buena aproximación en un sector particular. Así, la imagen del mundo asume forma cada vez más clara y definida; se está en presencia de un continuo progreso, cuya directiva es "la reducción de los elementos reales a realidades más elevadas, de carácter menos ingenuo", y cuyo fin es "la creación de una imagen del mundo con elementos reales que no requieran un ulterior mejoramiento y que, por lo mismo, representen la realidad última". A tal imagen-límite del mundo corresponderá con razón el nombre de "mundo real" (en sentido metafísico), mientras a la imagen del mundo de la ciencia, comúnmente llamado "mundo real", le conviene más el nombre de "mundo fenomenológico". Este último sigue siendo siempre una simple aproximación, un modelo más o menos sospechado, del mundo real. Jamás puede coincidir del todo con él.

Algunos físicos, observa Planck, consideran inadmisible, o al menos superfluo, hablar de mundo real, metafísico, "totalmente inaccesible a la investigación y al examen científico directo". Pero Planck afirma netamente que "el mundo de las sensaciones no es el solo mundo que puede razonablemente existir", sino que "hay aún otro mundo". Este "no es directamente accesible a nosotros, pero su existencia está indicada continuamente con gran claridad, no sólo por la vida práctica, sino también por el trabajo de la ciencia". La firme creencia "en el *real*" absoluto, es lo que constituye para el investigador la necesaria, evidente, premisa de su trabajo, y lo refuerza en la esperanza de conseguir por fin aproximarse aun algo más a la esencia de la naturaleza objetiva y de obtener ulteriores indicios hacia sus secretos". De ahí que, aun no pudiendo la ciencia alcanzar el mundo real, y ni siquiera demostrar la existencia de él (y en esto está su límite), tal existencia es una certeza para el investigador: es eso lo que justifica su trabajo y le da sentido.

Esta superación del fenomenismo es la mayor enseñanza que podemos sacar de estas páginas del gran físico alemán Sabemos que la existencia de un "mundo real" más allá de las construcciones de la ciencia, puede demostrarse por vía filosófica, siempre que se parta no sólo de los datos del experimento físico, sino también de toda la experiencia humana, exterior e interior. Pero es de gran eficacia, frente a la actitud metafísica de tantos estudiosos que no saben mirar por encima de la estricta investigación científica, ver que una mente tan profunda y dotada de tan grande sensibilidad humana, uno de aquellos hombres que han señalado una evolución decisiva en el desarrollo de la ciencia, haya llegado, a través únicamente de la meditación sobre el significado de las ciencias físicas, a postular la existencia de un "mundo real".

"El que cree en la Revelación con esa fe total, privilegio del católico, no es ese individuo nervioso que tiembla con todo ruido repentino y que se perturba con una imagen extraña o nueva que se presenta a sus ojos. No es temeros. Sonríe a la idea que alguna cosa podría descubrirse con un nuevo procedimiento científico y que viniese a contradecir uno de los dogmas de su religión... Está cierto, y nada le hará dudar, que si un astrónomo, un geólogo, un historiador, un arqueólogo o un etnólogo creyese probar algo en contradicción con los dogmas de su fe, se descubrirá tarde o temprano que el punto en cuestión, primeramente no se ha verificado, y en segundo lugar que nada contradice, o en tercer lugar, que no contradice lo que ha sido verdaderamente revelado, sino algo que se ha tomado como si fuese revelado."

Newman.

Hungría: un año de régimen "Kadar"

La situación del comunismo internacional se caracteriza hoy por tres contradicciones. Aparece la primera sobre el plan mundial: en su conjunto, el comunismo se asemeja a un árbol del que algunas ramas se secan, mientras otras comienzan a dar flores. Las ramas secas representan la mayoría de los países de la Europa central y oriental que aborrecen el sistema soviético. La florescencia se extiende a ciertos países asiáticos, especialmente la Indonesia, la Siria y la India, en los que visiblemente se propaga el comunismo.

La segunda contradicción se presenta en el seno del bloque soviético: algunos gobiernos, sin tocar a lo esencial del régimen, se han lanzado por la vía de una liberación relativa, especialmente en Polonia, en China y en la URSS, mientras que en otras han reforzado la máquina de opresión, que los mantiene en vida, tales como en Hungría y en Rumania. Una tercera contradicción se manifiesta en el interior de cada país, donde hay facciones que se querellan —pensemos sólo en la reciente purga del grupo antipartido— y donde persisten conflictos económicos y sociales, como acaba de constatarlo el mismo Mao Tse Tung.

Allí en ese contexto de contradicciones podemos comprender la situación del país más enigmático del bloque soviético, la Hungría de Janos Kadar.

El período transcurrido desde la revolución de Octubre de 1956 fácilmente puede dividirse en dos etápas: hasta el mes de febrero el gobierno está en la defensiva. Aún se encontraba el país completamente desorganizado, la vida económica paralizada, los obreros en huelga y las supervivencias revolucionarias —ya sea en forma de organización, ya sea en la mentalidad de una opinión todavía muy manifiesta— eran predominantes. Por eso Kadar reconoció el fundamento que tenían ciertas quejas y objetivos de la revolución. Pero, al mismo tiempo, comenzó a agrupar los elementos con los cuales contaba para fundamentar su poder. Los comunistas que permanecieron fieles abandonaron sus escondites para resucitar su partido, llamado en adelante partido socialista obrero. El núcleo formado por los antiguos funcionarios del partido estaba reducido y experimentaba las mayores dificultades para reclutar miembros en la población. Constituyen ahora una milicia que agrupa bajo un nuevo uniforme a todos los antiguos agentes, tan odiados, de la policía secreta, a los oficiales del ejército desaparecido que han querido prestar juramento de fidelidad al régimen y a todos los comunistas que se sienten más seguros, armados de una ametralladora y de un garrote.

Apoyado por el partido y la milicia, y ayudado, en caso de necesidad, por las tropas de ocupación soviética, Kadar puede pasar en adelante, al contraataque. Se abre así la segunda etapa. Se condena en bloque al movimiento de Octubre y se le califica de contrarrevolucionario. Las organizaciones indeseables, especialmente la mayoría de los consejos obreros, el Consejo Obrero Central de Budapest, los comités revolucionarios y los partidos son disueltos y sus dirigentes detenidos. Los agentes comunistas se infiltran de nuevo por doquiera, en las fábricas, en las oficinas, en las aldeas; a consecuencia de sus

denuncias se inicia un movimiento de licenciamiento y de depuración.

No obstante, la resistencia es muy fuerte. El régimen se decide entonces, a quebrantarla mediante el terror. Puede decirse paradojalmente, que habría sido preferible que Kadar hubiese tenido un mínimum de apoyo popular: al sentirse mejor secundado habría podido prescindir de una violencia feroz. La represión alcanza su apogeo entre los meses de marzo y agosto. Su fin es doble, intimidar a la población y decapitar una nueva insurrección hipotética de sus jefes posibles. Además no persiguen ante todo a las antiguas clases burguesas, sino a los elementos más valientes de la clase obrera y campesina, que en el otoño último, probaron su capacidad de dirigir un vasto movimiento popular.

Según las más prudentes estimaciones, el régimen habría hecho ejecutar hasta el mes de septiembre —sin contar las víctimas de las venganzas inmediatas, después de terminar la lucha armada— entre 2.500 y 3.500 personas. Entre 20 y 25.000 personas habrían sido encarceladas o internadas y 35.000 deportadas.

Infinito es el número de aquellos a quienes, sobre todo en las filas de la juventud, detuvo la milicia por algunos días y los soltó, después de haberlos golpeado terriblemente. En el mes de mayo, era espectáculo cotidiano ver en las grandes ciudades a milicianos que, en pleno día y en las calles más frecuentadas, atacaban a transeúntes, cuyas conversaciones habían estado espiando.

Entretanto, a fin de poder abatir con mayor éxito a la masa obrera, el gobierno creó brigadas obreras armadas, que podemos considerar como una sección especializada de la milicia. Los antiguos miembros de la policía secreta, pilares de la milicia, fueron todos transferidos desde sus puestos de origen a otras comarcas, donde pasasen inadvertidos. En Europa Occidental poseen la lista de 30 mil agentes de esos.

Comienzan también a funcionar activamente los tribunales y asistimos al proceso de ciertos culpables, cuyos asuntos son destinados a la publicidad. Pero los jueces de los tribunales ordinarios parecen demasiado clementes a los ojos del gobierno, que rechaza toda noción burguesa sobre la independencia de los magistrados y exige una jurisprudencia, de acuerdo con el espíritu de la lucha de clases. Establecen cortes excepcionales, con el derecho de llevar ante ellas todo proceso ya juzgado o en curso. Su severidad es extremada, hasta tal punto llega la persecución a los enemigos del régimen que, a las clínicas, hospitales, y a los médicos se les obliga a entregar a las autoridades la lista de los heridos que han recibido o atendido durante la revolución.

Ciertamente la opresión no ha logrado convertir a la población a la causa del comunismo. Empero, tiene como consecuencia detener la resistencia franca. Ya el descontento sólo se manifiesta en las conversaciones privadas y en ciertas formas del indestructible chiste de los habitantes de Budapest: dos ciudadanos se encuentran y uno pregunta al otro: —¿sabes por qué los rusos intervinieron en noviembre? —¿Por qué? —Porque los húngaros se inmiscuyeron en sus propios asuntos interiores.

Empero, hay cierta resistencia pasiva. La juventud y los intelectuales permanecen indomables. Entre todas las actividades de la juventud comunista, lo único que logra tener éxito son los bailes. El partido no consigue reagrupar un número muy considerable de sus antiguos miembros. Los obreros trabajan lo menos posible y roban cuanto pueden... por patriotismo. La misma prensa oficial reconoce que la nación atraviesa por una crisis de mentalidad y que son numerosos los "extraviados".

La reacción psicológica de los hombres contra el terror es variable y con frecuencia sorprendente. Los unos no son absolutamente pesimistas; esperan sin saber exactamente qué. ¿Acaso una reunión de la ONU? ¿la caída de Krutschev? Aceptan todo lo que pueda ser interpretado como vislumbre de esperanza. De otros se ha apoderado el fatalismo y se sepultan en la atmósfera grisácea del cotidiano; la tranquilidad sobre todo, no ocuparse de política y dedicarse en paz, a sus ocupaciones — tales son sus deseos. Otros tratan de transportarse a otro mundo y se engolfan en las diferentes diversiones. Las emisiones más escuchadas son las de la radio de Viena. El 90 por ciento de los discos pedidos por los auditores a la radio de Budapest, son americanos. La prima de un campesino de Kolkhose envió de regalo para el cumpleaño de su sobrino la canción, "Happy birth day to you". El alcoholismo gana terreno a pesar del alza del precio de las bebidas. Los salones de baile están repletos. El número de los abortos, oficialmente permitido, aumenta sin cesar.

Y mucha gente tiene miedo, miedo de ser arrestada o simplemente licenciada. En numerosos sitios, la lucha por el pan cotidiano se vale de medios que sólo un hombre perseguido puede usar: la intriga con respecto a la conducta del rival durante la revolución o la denuncia. Con frecuencia, hasta algunos que parecen corderos se convierten en lobos para con su prójimo.

Nuestro análisis nos ha hecho descubrir ya dos contradicciones inherentes al régimen. La primera: por una parte, las promesas de Kadar, de permanecer fiel a los objetivos juzgados sanos de la revolución, como el retiro de las tropas soviéticas y la democratización

de la vida pública, y por otra parte, el terror contrario a todas las promesas. El segundo: por un lado, la unidad del país en el odio al régimen, y por el otro, las disensiones que se oponen a esa unidad, en cuanto se trata de conservar su puesto o su libertad, del todo relativa.

Una contradicción no menos aparente se manifiesta en la vida política. El partido hace un gran esfuerzo para mostrarse nuevo, que no está comprometido con los errores del régimen Rakosi, pero ataca a fondo la revolución que justamente tenía por fin corregir esos errores.

Recalca la necesidad de la unidad en sus filas y afirma la existencia de esa unidad, pero entre las diferentes fracciones se libran encarnizadas batallas. A fines del mes de mayo, corrían rumores sobre el fracaso de un putsch stalinista que tenía por fin restablecer en el poder a Rakosi y a Geró. A pesar de sus discusiones las dos grandes tendencias, la "izquierda" y la "derecha" (1) no podrían existir la una sin la otra. La izquierda, los stalinistas cuyo personaje más importantes es Revai, ministro de cultura, bajo Rakosi, necesita de la derecha que parece estar más cerca de la tendencia oficial a Moscú. La derecha a partir de Kadar, hasta los grupos revisionistas, necesita de la izquierda, pues la mayoría de los miembros del partido son stalinistas y ella no podría gobernar sin el apoyo de esa mayoría.

¿Qué quieren los unos y los otros? Los miembros de la derecha critican numerosos aspectos del pasado prerrevolucionario: la burocracia, el culto de la personalidad, la falta de democracia en el seno del partido, la ineficacia de la educación y desean revisar los hechos y las nociones. Los miembros de la izquierda acusan a sus camaradas de avergonzarse del pasado y renegar la prolongación en el partido. La derecha desea una vez por todas, poner término a la discusión con respecto a la revolución. Los numerosos extraviados del mes de octubre deben ser reeducados mediante la persuasión. La izquierda reclama la continuación del empleo de los métodos administrativos (la represión) y obliga a la prensa a publicar en cada número, un artículo o un reportaje que denuncie a elementos contrarrevolucionarios.

La derecha quiere preparar el camino húngaro de la edificación del socialismo, teme el actual alejamiento de las masas y trata de remediarlo sin éxito por lo demás, fundando un frente popular patriótico. Ese frente está llamado a agrupar a las personalidades e instituciones no políticas, simpatizantes con el régimen. La izquierda desea reforzar la lucha de clases y continuar con los antiguos métodos: prioridad absoluta a la industria pesada, creación forzada de Kolkhoses, etc. La derecha acepta las tesis de Mao Tse-Tung sobre las contradicciones en el régimen socialista y sobre las cien flores, la izquierda, las rechaza.

Después de ver todas esas oposiciones es fácil comprender que el partido se dirija tan pronto a la derecha como a la izquierda y que, con frecuencia, se tomen las decisiones más contradictorias y se creen las más extrañas situaciones. Es evidente también que las luchas de ideas van acompañadas de combates de influencia y de odiosas intrigas personales que hasta se traslucen por la prensa. A pesar de las divergencias, el partido está unido para extirpar toda tendencia que atente a su vida, para aborrecer la revolución, para oponerse a los deseos de la ONU y para colocarse bajo las alas protectoras de la Unión Soviética.

La existencia de fracciones de fuerzas más o menos iguales, ha tenido también ese curioso efecto de provocar en el seno del partido y hasta en la prensa, discusiones, aún sobre cuestiones tan importantes como la determinación de la línea general del partido o de la política económica que se seguirá. Los estatutos modificados del partido llegan hasta ampliar los derechos de los miembros. Estos pueden tener en adelante una opinión personal, con la salvedad de obedecer a las decisiones tomadas en común y a no propagar esa opinión después de haber tomado decisiones, también pueden desafiliarse.

¿Cómo se presenta el sector económico y social? En la industria, la revolución ha detenido y desorganizado la producción (2). Ella ha causado alrededor de 30 mil millones de francos belgas de perjuicios. Por eso el plan para 1957 tiene por fin la reconstrucción y el plan trienal para 1958-1960 no sobrepasa en sus objetivos los niveles alcanzados en 1955. Después de haber seguido imperativos políticos, los comunistas parecen descubrir de nuevo la noción de la rentabilidad económica. En las inversiones, los capitales son usados especialmente para la construcción de habitaciones, de escuelas, y de instalaciones sanitarias (1/3 del presupuesto de 1957). El plan contempla el alza de la producción de la industria ligera y la de la industria alimenticia, mientras que, por el momento, descuida la industria pesada.

---

(1) No hace falta señalar el carácter relativo de los términos "izquierda" y "derecha". Los empleamos a falta de otros.

(2) Producción de carbón en miles de toneladas: oct. 1956: 1.785; nov.: 254; dic.: 441; enero 1957: 1.238; febrero: 1.435; marzo: 1.600.

Una política consciente de inflación (aumento del 23 por ciento de los billetes en circulación) tiende a dar un latigazo a la economía. A pesar de la baja considerable de los rendimientos y de la disciplina lamentable que reina en los talleres, han aumentado los salarios a fin de tranquilizar los espíritus. Es esta una contradicción económica. Aunque la persecución perdura, la gente tiene la impresión de vivir mejor, materialmente.

La ligera alza del nivel de vida se explica por las condiciones en que está la agricultura. La revolución abolió el sistema de entregas obligatorias al Estado e impulsó la disolución de numerosos kolkhoses. Las entregas obligatorias no han sido restablecidas y casi el 80 por ciento de las tierras son de nuevo propiedad privada de los campesinos. Al mismo tiempo, se han disminuído los impuestos. Esas medidas han acarreado un innegable auge a la agricultura. Algunas ramas del comercio han sido liberalizadas y ahora pueden obtenerse subsidios para abrir una tienda.

Nueva contradicción: las medidas mencionadas, son más bien de naturaleza táctica; por esto, la inseguridad persiste; las estatizaciones pueden ser restablecidas, una vez que la situación se mejore.

En las fábricas, poco a poco se han vuelto a introducir, los antiguos métodos de producción. De nuevo, trabajan para cumplir con su norma y las competencias oficiales entre obreros se reanudan con fuerza. Las oficinas del personal tan denunciadas, se reabren, y todo el mundo posee como antes, su ficha política secreta.

Igualmente contradictoria es la situación sobre el frente espiritual. El terror hace estragos sobre el plano cultural, mientras que en el plano religioso puede observarse mejoramiento. No hay categoría de personas que tan severamente sean vigiladas y con tanta frecuencia molestadas como la de los profesores de universidad y de enseñanza media, así como también los escritores, artistas y estudiantes. Cierto es que estas fueron las principales promotoras de la revolución. Numerosos profesores han sido licenciados, otros deben presentarse regularmente al puesto de la milicia. Los estudiantes y escritores fueron arrestados en gran número. En tal extremo torturaron a estos últimos, que ha sido necesario recluir algunos de ellos en casa de alienados.

Otros están libres, pero guardan silencio, a pesar de las solicitaciones de los medios oficiales.

Las iglesias, y entre ellas la más importante la Iglesia Católica que cuenta con el 70 por ciento de la población, gozan de relativa tranquilidad. El 6 de enero último el gobierno declaró que respetaría la libertad de conciencia y garantizaría la enseñanza religiosa facultativa. Esa declaración fue confirmada y las modalidades de ejecución definidas en un decreto de 22 de mayo. Las autoridades civiles suprimieron sus delegados ante los obispados y acordaron subsidios para la restauración de las iglesias dañadas durante la revolución. Han puesto a la disposición de los católicos, las ondas nacionales, una vez por mes, para media hora de emisión religiosa. En junio, reapareció el periódico católico semanal Uj Ember.

Pero, luego la medalla tiene su reverso. El gobierno temía una nueva insurrección para el 15 de marzo e hizo detener preventivamente, entre otros, a muchos centenares de sacerdotes que después fueron dejados en libertad. El 23 de marzo, un decreto ordenó que no se procediese a nombramientos, suspensiones y traslados eclesiásticos, sin el visto bueno del Estado. El cuerpo episcopal hubo de apoyar al Consejo Mundial de la Paz, pero él mismo, pudo organizar el movimiento de paz entre los sacerdotes, Opus Pacis, cuyo presidente fue Monseñor Grösz, arzobispo de Kalocsa.

En resumen, ¿qué se deduce de la situación en Hungría, caracterizada por tantas contradicciones? ¿Qué reserva el porvenir?

Las luchas de facciones son aún demasiado abiertas para poder decir quien vencerá. Sin embargo, nos permiten afirmar que no es posible esperar un mejoramiento considerable mientras el régimen no esté más asegurado. De todas maneras no podemos creer en cambios sensacionales. Desde 1945, el mundo occidental vive en la espera de un completo vuelco de la política soviética.

Con ocasión de cada cambio superficial, del menor acontecimiento anunciado por Moscú, los diarios nos hacen tener ilusiones y optimismos. ¿Acaso, últimamente, no se esperaron halagüeños resultados, de la conferencia del desarme o del viaje de Krutschev a Berlín Oriental?

La realidad prueba dos hechos: primero, ciertos cambios son reales, pero muy lentos, y no podrían producir profundas transformaciones sino en una perspectiva a largo plazo; luego, en vista de la ausencia de una política coherente, previsora y dispuesta a las iniciativas de parte de los Occidentales, con respecto al bloque comunista, todo cambio en la URSS o en alguno de los países satélites será, como en el pasado, el resultado de las fuerzas sociales que operan tras la cortina de hierro.

R. Rezsohazy.

(La Revue Nouvelle — Octubre de 1957)

Proceso por difamación

EN los primeros días de marzo, los diarios se han ocupado extensamente del "proceso del Obispo de Prato". Las informaciones incompletas, el desconocimiento de la situación concreta y de las circunstancias que han precedido y acompañado los hechos, han llevado a muchos a consideraciones inexactas, han provocado reacciones violentas, engendrando, inclusive en muchos católicos, una grave confusión de ideas.

Se ha repetido, en escala menor, lo mismo que pasó en Italia, en noviembre de 1957, con ocasión de la instrucción del proceso. Tanto la prensa de izquierda como la de derecha, mancomunada en un extraño contubernio, desencadenó una verdadera tempestad contra el Clero, la Iglesia, la Religión, renovando lugares comunes que parecían haber pasado de moda definitivamente.

En el fondo, todo esto no representa sino un asalto más de las fuerzas del mal, para abrir brecha en el edificio del matrimonio cristiano indisoluble.

El ambiente.

Prato (Italia) es un notable centro industrial en las cercanías de Florencia. Es una diócesis de creación reciente, puesto que antes estaba unida a la diócesis de Pistoia. A gobernarla fue llamado un joven prelado de Umbría, Mons. Pedro Fiordelli. Es diócesis difícil si tenemos en cuenta que Prato es el epicentro del comunismo toscano. En efecto, de los cuarenta mil obreros de la zona, 13.000 están inscritos en el Partido Comunista.

Todos los cargos importantes de la administración pública están en manos de los comunistas, con toda la secuela de prepotencias e injusticias que esto significa.

Los comunistas han escogido aquí el terreno de la familia, y en particular el matrimonio, para lograr sus objetivos de descristianizar al pueblo. Es un hecho dolorosamente trágico que en los últimos años, ningún dirigente sindical, ningún regidor municipal comunista, ningún exponente del partido, se casa en la Iglesia. Todo se lleva a cabo en la municipalidad, en un magnífico salón medioeval, con discurso del alcalde, ofrenda floral, cambio de argollas y "flashes". Igual que en la Iglesia. Las novias, que, a pesar de todo, querrían permanecer católicas, deben adaptarse al solo matrimonio civil o... renunciar a casarse (1). Los hijos nacidos de estos matrimonios, en general, no se bautizan.

El nuevo Obispo, joven, culto, activo, al hacerse cargo de la diócesis se ha visto secundado por un clero muy preparado, y por la mayor parte de la población, que ha permanecido fiel a sus tradiciones católicas. Comprendió que la batalla debía darse en el frente de la familia.

En la Cuaresma de 1955 publicó su primera Carta Pastoral sobre la familia, preocupado de salvaguardar el verdadero concepto del matrimonio cristiano.

La prensa local reaccionó violentamente, hasta el punto de que una periodista roja calificó al Obispo de "enemigo de las madres y de la humanidad". Pero las cosas siguieron como antes.

Es necesario tener presente este ambiente y este clima tenso, para comprender, en sus verdaderas proyecciones, el documento que llevó al valiente Obispo ante los tribunales.

Los hechos.

Los hechos tuvieron su origen en el matrimonio civil del Sr. Mauro Bellandi, bautizado, pero notoriamente ateo, y de familia con tradición laicista, y la Srta. Loriana Nunziati, de familia católica.

A los comunistas se les ofrecía una magnífica oportunidad para reafirmar públicamente sus directivas, pues entraban en el juego un dirigente del partido y una joven de familia notoriamente católica y observante. El rito civil se anunciaba solemnísimo. Los gastos de flores, reclame y festejos ascendieron a más de dos millones de liras.

Cuando se supo que se celebraría el puro

(1) Es de notar que el matrimonio religioso en Italia tiene todos los efectos civiles (cfr. Art. 34 del Concordato).

matrimonio civil, se produjo escándalo entre los fieles. Algunos parientes católicos de la joven pidieron la intervención del Párroco. Al fracasar éste en su intento de persuadir al novio, se acudió al Obispo. Mons. Fiordelli amonestó, exhortó paternalmente, rogó a la señorita Loriana que no diera este paso. Le advirtió que su deber de Pastor le obligaría a declararlos, a ella y a su esposo, "públicos pecadores"... La joven protestó que ella quería permanecer católica, pero que no renunciaría al matrimonio civil... Se pidió al padre de la novia que hiciera pública su reprobación a este matrimonio, pero no se consiguió nada. El 12 de agosto de 1956, con una pompa sin igual, se celebró el matrimonio civil, en la municipalidad. Al bajar los novios se detuvieron, con evidente ostentación, delante de la Catedral.

El documento.

Todo se había desarrollado como si hubiese sido un desafío a la moral católica y en toda la ciudad no se hablaba sino de la reacción del Obispo. Esta no se hizo esperar. Su deber de Padre y de Pastor le obligaba a ilustrar a sus fieles acerca de lo ocurrido. Escribió una carta al Párroco de la Parroquia del Perpetuo Socorro, Pbro. Danilo Aiazzi, en la que precisó que "el llamado matrimonio civil entre dos bautizados no es en absoluto matrimonio, sino sólo el comienzo de un escandaloso concubinato", y que, por lo tanto, los dos esposos civiles que despreciando la autoridad eclesiástica habían "atentado" el matrimonio, debían considerarse pecadores públicos, conforme al Derecho Canónico.

La carta fue leída en la Iglesia a los fieles y, posteriormente, publicada en el periódico parroquial. Era clarísimo que se trataba de una declaración eminentemente pastoral, pues el documento se pronunciaba en el caso de dos bautizados y estaba destinado a los solos fieles. Los términos del documento estaban sacados al pie de la letra del Código de Derecho Canónico. De nuevo había la aplicación a este caso concreto, de los Cánones: 1012, nn. 1 y 2; 188, n. 5; 646, I, n. 3, etc., y de los Cánones: 855 n. 1; 1066, 1240, etc. Además el Obispo se ceñía estrictamente a la Instrucción de la Santa Sede, enviada a través de la Sagrada Congregación de los Sacramentos, a todos los Ordinarios de Italia, para la exacta aplicación del Art. 34 del Concordato (estipulado el 11 de febrero de 1929 entre la Santa Sede e Italia), que dice así: "Si los esposos católicos contrajeran civilmente, aunque con la intención de celebrar después el matrimonio religioso, serán considerados como pecadores públicos; y el párroco procederá a norma del Canon 1066".

La "pareja" en cuestión respondió, instigada por los comunistas locales, querellando al Obispo, por delito de difamación. Mons. Fiordelli se presentó al magistrado, antes que se le notificara, aclarando los términos del hecho y recalcando el carácter eminentemente religioso del documento y su destinación a los solos fieles.

El "Procurador de la República" pidió a la Sección Instructora de la Corte de Apelación de Florencia, que se encarpetara el asunto, pues "el hecho no constituye reato". Pero la Corte, desoyendo al magistrado, creyó encontrar en el documento episcopal "afirmaciones ofensivas para el decoro, la honra y la reputación" de los querellantes, y, por lo tanto, los elementos del reato de difamación. Lo que se siguió es conocido de todos. El Obispo de Prato ha sido el primer Obispo de la Diócesis y el primer Obispo italiano arrastrado ante un tribunal, desde el Concordato.

La falsedad del planteamiento y la injusticia del proceso saltan a la vista si se considera la realidad global de los hechos.

Es cierto que el Estado debe tutelar la reputación de los ciudadanos, pero en el ámbito de su competencia. En el caso presente se trata de dos bautizados para los cuales "fuente de reputación y de calificación en materia de dogma y de moral es el derecho de la Iglesia. El Obispo, que obra en virtud de los poderes cuya investidura ha recibido originariamente en el ámbito canónico, no puede —por dichas acciones— ser llamado a juicio por el ordenamiento jurídico civil, ni sus acciones pueden estar contempladas en dicho ordenamiento, al punto que constituyan reato". (Eugenio Fornasari).

Añádase a esto el hecho de que la Constitución Italiana, en el Art. 7º, reconoce que "La Iglesia y el Estado son, en su propio ámbito, independientes y soberanos"; y en los artículos 1º y 2º del Concordato, se reconoce a la Santa Sede y a los Obispos el libre y pleno ejercicio de su jurisdicción en materia de culto, de disciplina y en que "los Obispos pueden publicar libremente y también colocar en el interior y en las puertas externas de los edificios destinados al culto o a oficios de su ministerio, las instrucciones, las ordenanzas, las cartas pastorales, los boletines diocesanos, y otras actas que se refieren al gobierno espiritual de los fieles, que ellos creerán emanar en el ámbito de su competencia".

De lo dicho se desprende claramente que el Obispo de Prato se ha expresado en los términos y en los límites del Derecho Canónico, y en su buen derecho plenamente reconocido por el Concordato y la Constitución italiana.

Benito Spoletini, S. S. P.

Panorama del Catolicismo Austríaco

EL carácter peculiar del hombre austríaco, siempre a medio camino entre los cuatro puntos cardinales y con no pocas ventajas de cada uno, ha sido condicionado por esa posición clave, natural cruce de todas las rutas europeas, y por el imperio que fundió las razas a los compases del vals. Este contacto internacional se ha acrecentado más aún en los últimos tiempos, y hoy día, por ejemplo, el 22 por 100 de los estudiantes universitarios que frecuentan universidades austríacas son extranjeros. El vivir en contacto con lo ajeno, una tierra de maravilla en que el paisaje parece recién salido de los dedos de Dios y la vieja cultura occidental han producido a este hombre centroeuropeo amable y comprensivo, artista, contemporizador, equilibrado, débil, realista y liberal. Rico complejo humano.

Podría quizá pensarse que esta ligera información poco tiene que ver con un ensayo sobre el catolicismo austríaco. Sin embargo, yo diría que es todo lo contrario. Un fenómeno tan eminentemente social como la religión católica se halla condicionado existencialmente por el concreto devenir histórico de cada país en donde juegan un papel decisivo la geografía y el temperamento. Decimos "panorama con plena conciencia, es decir: una impresión de conjunto con predominio de lo visual. Además, confesando ya desde ahora que nuestros ojos siguen siendo extranjeros y que la pérdida de matiz es siempre fácil. Esto limita aún más la validez de las apreciaciones y destierra toda intención de crítica (1).

La coordenada histórica.

Si exceptuamos el josefinismo, cuyo influjo en la vida del país y especialmente en el catolicismo de Austria ha sido radical y desastroso como creador de unas formas huecas y liberales, aunque con la etiqueta oficial de Religión católica, se puede decir que en los últimos decenios la vida católica austríaca ha cruzado una larga serie de graves acontecimientos al ritmo de la crisis del país. Tres hechos, sin embargo, parecen configurar de modo especial la situación presente: el intento de Dollfuss y Schuschnig de formar un estado confesional católico, la dura experiencia nazi, que conduce a la guerra y la derrota y años de ocupación. Austria recobra su soberanía en 1955.

El proyecto de Dollfuss, muy discutido fracasó —en opinión de muchos— no tanto por las balas asesinas nazis, sino porque no fue un fenómeno de evolución natural, sino en algún sentido impuesto a marchas forzadas. Aun contando con algunas personalidades católicas de gran influencia en el país, faltaba una conciencia suficientemente vigorosa que hubiese respaldado la confesionalidad estatal. Schuschnig intentó lograrla, pero no lo consiguió, debido a un gran sector de oposición y, en parte, también a la delicada situación internacional. La influencia nazi y las amenazas de Hitler de una "anexión" crecían con la amistad ítalo-germana. En 1938 la traición de uno de los ministros del gabinete precipitó los acontecimientos y Austria fue invadida por el ejército alemán. Con esto comienza un nuevo período para el catolicismo austríaco, caracterizado por su anormalidad. Aunque quizá no pueda hablarse en él de una persecución en sentido estricto, sí ciertamente de brutal opresión. La Iglesia gozó de menos libertad que actualmente en muchos países tras el telón de acero. Muchas de sus personalidades fueron detenidas e internadas, sus organizaciones sistemáticamente prohibidas y clausuradas numerosas residencias religiosas.

El nazismo desplegó, además, todo su interés para apoderarse de la juventud, y en parte lo consiguió inficcionándolo con su mentalidad naturalista y anticristiana. A partir de 1939, Austria tuvo que enviar al frente lo mejor de sus hombres para perderlos en una guerra sin ilusión. De todos los países beligerantes, ha sido ella la que ha tenido proporcionalmente más bajas en el ejército. La mayoría de los jóvenes dirigentes católicos no volvieron al hogar. En 1945 llegó la derrota en forma de pacífica invasión por el oeste y de ola de terror en Viena. La generación madura no podrá jamás olvidar los excesos de la soldadesca rusa en la capital que conjuró automáticamente todo peligro de comunismo. Con el final de la guerra se abre otro período en el catolicismo austríaco dominado por el signo de la reconstrucción. Desde entonces la mayoría de sus hombres han engrosado las filas del partido popular, actualmente en el poder, que se disputa en el país con el socialismo, pero con el que ha conseguido amplias zonas de estrecha colaboración.

(1) Este artículo se publicó en la revista española *Incunable* (mayo, 1957).

El milagro austríaco.

Por extraño que pueda parecer y a pesar de haber tenido durante diez años su más rica zona industrial y sus pozos de petróleo en manos rusas, la estructura económico-social austríaca ha conseguido una recuperación y esplendor sin precedentes. Debido a sus riquezas naturales, al trabajo constante de sus hombres, a la ayuda extranjera y a una sana administración, Austria ha logrado un bienestar económico y un nivel de vida tal que hacen posible hablar con toda justicia del "milagro" austríaco, no tan llamativo como el alemán, pero relativamente de su mismo volumen. La jerarquía episcopal, en carta reciente, reconoce tácitamente que hoy día ni el capitalismo ni el comunismo pueden considerarse como peligro. ¿Cuál ha sido, sin embargo, el impacto que en la vida católica nacional han producido esta súbita prosperidad y la innegable influencia extranjera? No es fácil la respuesta concreta, pero muchos sociólogos están de acuerdo al decir que no es siempre positiva. El naturalismo ya arraigado desde tiempo atrás, unido a que los hombres que sufrieron las privaciones de la guerra y vieron pasarse entre dolores lo mejor de su juventud, se encuentren de repente —debido a su trabajo— en un ambiente de sumo bienestar, representaba una tentación de lujo desenfrenado y larvado materialismo muy difícil de superar. Con esto se derrumban automáticamente una serie de ideales que sostienen al cristiano en tensión interior. Según afirman directores experimentados gran parte de la juventud austríaca no tiene hoy día más ideal que el deporte, la diversión y la comodidad. Exceptuadas minorías excelentes puede decirse que la vida de sacramentos es bastante mortecina en esta gente joven que ha heredado de la generación anterior el ansia de bienestar terreno, olvidando quizá la serena subordinación a los valores del espíritu. En el observador extranjero este fenómeno produce la impresión de una estructura fatigada, de que la vida católica austríaca se ha desplazado socialmente hacia la edad madura y senil. Como contrabalance curioso hay que señalar que la jerarquía austríaca y gran parte del clero joven, llena de iniciativas y con un ponderado sentido del avance y la acomodación, despiertan una excelente impresión de juventud e ímpetu vital, magnífica esperanza para las nuevas promociones.

Las sombras.

La importante revista católica de Viena, "Herder Korrespondez", señalaba hace poco a propósito de unas estadísticas que el catolicismo austríaco, incluyendo bajo este concepto el 89 por 100 de la población total bautizada, puede caracterizarse a grandes rasgos como un catolicismo de tipo tradicional y liberal. Tradición con todas sus indudables ventajas pero siempre amenazada por decadencia debido a la falta de crecimiento orgánico en la formación religiosa integral. De ahí precisamente la proclividad hacia el liberalismo, tan hondamente arraigado en el país desde los tiempos de José II (S. XVIII-XIX). Esto explica, por ejemplo, que el porcentaje de bautizos en la Iglesia católica siga siendo prácticamente de 100 por 100, pero que el de frecuencia de sacramentos, misa dominical e incluso confesión y comunión en el lecho de muerte tengan un índice mucho más bajo, casi alarmante. Sobre esta tónica general opera de modo especial Viena, que representa un cuarto de la población del país con sus casi dos millones de habitantes.

Quizá podría decirse con estas premisas, que los problemas claves que parecen tener hoy planteados nuestros hermanos austríacos son: Cristianización radical de la familia, ganar la juventud y conseguir un serio influjo en las capas intelectuales. Según informaciones de la oficina católica de prensa y de diferentes revistas la curva demográfica de nacimientos por cada mil habitantes descendió el año 1952 a la cifra 15, colocando a Austria entre los países de más baja natalidad del mundo. Ese mismo año la diferencia negativa entre nacimientos y defunciones llegó al terrible número de 12.400. Eso supone un 42 por 100 de matrimonios sin hijos (en Viena 66 por 100). Sin la inyección de población rural, la capital del antiguo imperio austrohúngaro habría dejado de existir en siglo y medio por falta de habitantes. Esta posición acristiana, frente al niño, de los matrimonios jóvenes es desgraciadamente un fenómeno que vienen de muy atrás pero que en los últimos años ha alcanzado proporciones alarmantes. Indudablemente que, sobre todo en Viena, la guerra y su inseguridad, la falta de viviendas y otros fenómenos derivados de la ocupación han jugado un papel importante. Sin embargo, los sociólogos austríacos creen que la razón principal se debe al ansia de un nivel de vida más cómodo, que ve en los hijos una restricción de sus aspiraciones. Las consecuencias que tal situación producen en la estructura católica de la sociedad son evidentes. Los matrimonios jóvenes se alejan de los sacramentos, la educación sólidamente cristiana se evapora, la crisis de vocaciones religiosas y sacerdotales se hace agudísima aún en órdenes y congregaciones tradicionalmente florecientes en el país. La jerarquía y la prensa católica han luchado denodadamente en los últimos años con este espectro que amenaza a la nación y parece ser que se inicia una recuperación. No poco ha ayudado el interés de las organizaciones privadas por la construcción de viviendas dignas para los nuevos hogares.

El segundo problema viene a ser un apéndice del ya indicado y es el de la escuela privada. En Austria existe libertad de enseñanza, pero las escuelas y colegios privados carecen de subvención estatal. Esto obliga a muchos padres a enviar a sus hijos a los ins-

titutos y establecimientos docentes del Estado en los que la enseñanza de la religión es libre y frecuentemente muy deficiente. La Iglesia quiere por esta razón y por evidente justicia social que el Estado subvencione sus centros y que el ciudadano tenga plena libertad en la elección de la enseñanza para sus hijos sin que se vea obligado a desembolsar un plus además de la ordinaria contribución. Se espera que las negociaciones en curso para un concordato ataquen ambos problemas, el de la subvención económica a centros privados y el establecimiento de una legislación más favorable a matrimonios con más de dos hijos.

En esta campaña por ganar la calle ocupa también lugar preeminente el interés por conseguir en el mundo intelectual y del trabajo minorías con una visión católica integral. La J.O.C., sobre todo masculina, tiene ante sí unas inmensas perspectivas de trabajo y en estos últimos años ha conseguido un apreciable número de activistas, procedentes en su mayoría de familias alejadas de la Iglesia. También entre los intelectuales se nota un movimiento si no de simpatía al menos no de positiva hostilidad. El Instituto de investigación social católico reconoce que aunque los intelectuales siguen permaneciendo ajenos o escépticos a la Iglesia, ésta ha ganado terreno entre los universitarios en comparación con decenios anteriores. El conseguir la extensión de estas minorías ya existentes tendría una importancia capital en la vida austríaca cuyo nivel cultural sigue siendo elevado como lo demuestran entre otros datos el hecho que hayan salido de sus aulas 14 premios Nóbel desde 1926.

Luz y esperanza.

Frente a estos aspectos algo negativos que pueden hacer sombrío el panorama del catolicismo de Austria, hay que señalar una serie de esfuerzos y cualidades de las que los extranjeros tendríamos mucho que aprender. Y en primer lugar creo que habría que señalar una humildad colectiva digna de todo ejemplo. Austria disfruta de ese derecho social en forma papirácea que se llama libertad de prensa y en concreto posee una prensa católica magníficamente organizada. Pues bien, esta prensa es extraordinariamente sincera en la exposición de los propios males y afecciones, pero nunca pierde la mesura ni el equilibrio por derrotismos exagerados en el fondo provenientes de una soberbia larvada. Su tono es siempre maduro, señalando la lacra social pero apuntando seguidamente a la solución que en el fondo tiene que venir de Dios. Quizá debido a esta mesura se haya conseguido que las restantes publicaciones laicas hayan pasado en muchas ocasiones de una posición hostil a otra de respeto e incluso admiración por la Iglesia. En un país eminentemente lector como es el austríaco (tercero del mundo en producción relativa librera) esto no deja de tener su importancia. Ya hemos indicado más arriba, pero tenemos que subrayarlo de nuevo, que uno de los fenómenos que hacen concebir mayor esperanza es la posición de la jerarquía católica. No sólo en la última carta colectiva sobre la sana estructuración social del Estado sino en diversas iniciativas particulares se advierte en los jóvenes prelados austríacos un sentido realista lleno de madurez, siempre dispuestos a la iniciativa eficaz y elástica que ofrece la coyuntura histórica, propagadores incansables de la mentalidad social, de los cursos de teología para seglares, del contacto de seminaristas con la población obrera y rural, de las reuniones pastorales y cursillos especiales de teología y ejercicios para el clero de las diócesis, de la mentalidad litúrgica de los fieles y del fomento del arte sacro actual. Como ejemplos concretos de tales iniciativas conviene señalar que algún prelado exige a sus seminaristas antes de la ordenación el trabajo en fábricas, varios han procurado la edición de manuales populares para conseguir una mayor participación activa de los fieles en la liturgia de la misa. En muchas diócesis se ha introducido con permiso de Roma el uso de sacramentarios en lengua vernácula que acercan el significado de los sacramentos a la mentalidad del pueblo. También se ha mostrado el interés de la jerarquía en la construcción de nuevas iglesias, asimilando las nuevas conquistas de la técnica arquitectónica y del arte sacro en orden a un servicio de la comunidad parroquial. Los trabajos de la comisión del film y la televisión influyen positivamente en la censura estatal del espectáculo y pretenden dar a los fieles no sólo la valoración moral de las películas s i n o una preparación estética de acuerdo con los últimos discursos del Papa sobre el Film Ideal. En estas últimas actividades la colaboración de las seglares es decisiva. También funciona en muchas diócesis una biblioteca para la juventud puesta al día en lo que a literatura, religiosa y profana, ciencia y técnica se refiere. Con motivo de los últimos acontecimientos en Hungría se ha puesto en evidencia la eficacia y capacidad de organización de la "Cáritas", organismo internacional, pero que en Austria funciona con particular eficiencia. Sólo ella hizo posible la recepción y acomodación urgente de decenas de miles de refugiados que buscaron asilo en el país hermano en circunstancias extraordinariamente difíciles. Entre las actividades ordinarias de la Cáritas hay que señalar el servicio S. O. S. que atiende a las necesidades cotidianas de mayor urgencia y al servicio Bonhofmission compuesto por monjas que en las estaciones principales de ferrocarril atienden a los viajeros enfermos, a las jóvenes que acuden a servir a las ciudades y al traslado de colonias infantiles en tiempo de vacaciones.

Manuel Alcalá, S. I.

CINE

"12 hombres en pugna"

ESTRENANDOSE en dos salas simultáneamente se ha presentado en Santiago "12 hombres en pugna", primer gran film de Sydney Lumet, quien, hasta el momento, había dedicado su reconocida competencia a los programas de televisión.

En "12 hombres en pugna" se trata de lo siguiente: Un muchachito que se presume autor del asesinato de su padre será juzgado por los doce hombres que componen el jurado. Para once de ellos el caso es claro y no presenta alternativa: el reo es culpable. Un miembro del jurado (interpretado por Henry Fonda) se niega a aceptar la votación de sus compañeros; él cree en la "posibilidad de un error" y argumentando en favor del acusado logra convencer a los once miembros del jurado de la incompetencia de los testigos y de la relatividad de la justicia humana.

Esta película marca una etapa nueva en la historia del cine. Un film extraordinario, construído a base de una acción ininterrumpida durante una hora y media. El experimento ya realizado por Fred Zinnemann en "A la hora señalada", que protagonizara Gary Cooper, es similar, pero no igual. En ese film del Oeste las diversas acciones se suponen dentro de los límites del tiempo de proyección; sin embargo, muchas escenas son resumidas por Fred Zinnemann en el montaje, mientras en otras saltamos a un ambiente distinto donde encontramos de nuevo una acción que se la suponía en desarrollo. En "12 hombres en pugna" no existe dentro del único escenario que es la sala del jurado, ningún efecto lumínico que resuma ni espacio ni tiempo. La continuidad de la acción es absoluta, y esto, que parecería en abstracto una pobreza de recursos o una manera de esquivar otras soluciones más difíciles, constituye en este film uno de los méritos más extraordinarios.

El director Sydney Lumet se enfrenta así con el gravísimo problema de enlazar doce temperamentos en pugna, doce rostros, doce cuerpos de hombres y nada más que ellos, para mantenernos una hora y media en *continua* expectación.

Un director no necesita grandes escenarios para hacer una buena película. Necesita, sí, elementos visuales muy expresivos, que dominen como *lenguaje primordial*. Y el rostro humano, por sí solo, es un mundo de infinita expresión. Aún podríamos decir que no existe expresión que no tenga su resonancia en el rostro.

Es útil recordar aquí la diferencia esencial que existe entre el Teatro y el Cine. Muchas obras teatrales son reconocidas de inmediato en sus transposiciones cinematográficas por su escasez de escenarios y su insistencia en el solo elemento humano apoyando la fuerza expresiva en el diálogo. En "12 hombres en pugna" el escenario recuerda un drama, pero la expresión del rostro humano como lenguaje del gesto ocupa su parte más esencial, tanto que se teme que sea imposible lograr la misma intensidad en las tablas.

Recordemos, por ejemplo, el rostro del personaje aficionado al baseball, cuya humillación es claramente percibida por el espectador en la expresión de aquel rostro que llena la pantalla, sin abrir sus labios. En ese momento no existe el diálogo ni el sonido, únicamente la imagen captada por un lente que no tiene pudor para sostener una mirada implacable sobre el hombre caído y derrotado.

Es interesante comprobar, para el análisis de la película, que el plan dramático de la obra está construído a base de elementos de increíble simplicidad, que llevan a una sola idea central, que puede expresarse en aquel leit motiv: ¡NO ESTAMOS SEGUROS!

Toda creación genial está compuesta por elementos de gran complejidad, pero llevados sobre una línea tan nítida que el público admirador cree que todo es simple. Muchas veces una melodía o un movimiento de una sinfonía son aparentemente simplicísimos para la captación y el gusto del auditor, pero su creación ha sido el producto de un estudio profundo sobre innumerables elementos que, bien conjugados, dicen una sola cosa y esa cosa *es simple;* tan simple como silbar una melodía.

La simplicidad de la idea central de "12 hombres en pugna" está enriquecida por una serie de doce caracteres humanos completamente distintos. Sin que se sepa nada de su vida anterior esos hombres son el retrato de toda una carga afectiva determinada, son el producto de un medio ambiente anterior.

El espectador no necesita "la explicación verbal" del problema de cada uno de los doce miembros del jurado; le basta seguir en

Orientación Bibliográfica

Rodolfo Mondolfo.—ARTE, RELIGION Y FILOSOFIA DE LOS GRIEGOS.— Buenos Aires, Edit. Columba, 1957, 72 págs.

La universalmente aceptada opinión del clasicismo sobre la cultura griega debe ser revisada ante todo en dos sectores de la vida cultural griega: en el arte y en la filosofía. Según el clasicismo, el griego buscaba y realizaba exclusivamente en el arte la armonía. Su ideal del hombre se desprende de las estatuas llenas de vigor y fuerza, ejecutadas con la medida rigurosa de leyes esculturales preestablecidas. ¿Cuál es la consecuencia de tal interpretación? Primeramente queda reducida la multiformidad del arte griego a una pobreza que no corresponde a la realidad. Y segundo: el arte griego aparece esencialmente irreligioso, o mejor, arreligioso, puesto que le falta la conciencia del pecado, fundamento de toda religión.

El autor demuestra que esta interpretación es en buena parte inadecuada y falsa. En efecto, el imparcial historiador del arte se ve forzado a reconocer que en el arte griego al lado de lo armonioso y estáticamente hermoso, es decir, del arte apoloniaco se encuentra como su eterno rival el rasgo dionisiaco: lo feo, apasionado, desequilibrado. El antiguo griego tenía conciencia del pecado, del sufrimiento y los representaba en todas las ramas del arte.

Por nuestra parte podríamos sugerir algo, que quizás merecería también la atención. La conciencia del pecado no es el único factor característico de la religiosidad. Ni siquiera es el más importante. La religión nació con la conciencia de nuestra dependencia frente a lo divino. Desde este punto de vista también es prominentemente religioso el arte griego.

En la segunda parte, el destacado autor nos convence de la parcialidad del clasicismo en su juicio sobre la filosofía griega. Aquí tampoco bastan los esquemas y juicios absolutos. Ahora ya no podemos considerar a los filósofos griegos, como quienes dedicaron su atención exclusivamente al mundo objetivo y a la naturaleza como algo estático e idéntico a sí mismo.

Sobre todo no vale el esquema clasicista de la concepción de la mente como receptividad pasiva. Al contrario, podemos descubrir a cada paso una duda del espíritu griego acerca de la objetividad rigurosa del mundo, de la capacidad de nuestra facultad intelectiva. Así pues, encontramos los problemas epistemológicos y ontológicos modernos —en grado ciertamente menos desarrollado— pero claramente propuestos a la conciencia filosófica.

Este libro es una valiente contribución a la objetividad histórica de nuestro juicio sobre arte y filosofía antigua.

Ladislao Juhász, S. J.

James Vizzard, S. J. — QUIENES POSEERAN LA TIERRA. — Santiago, 1957, 32 págs.

El P. James Vizzard, S. J., vicepresidente de la National Catholic Rural Life Conference, nos presenta en este trabajo un interesante estudio sobre la propiedad rural, basado en las enseñanzas de Santo Tomás y de los últimos Papas. La brevedad de este trabajo no disminuye en nada su importancia. Sin pretender señalar soluciones prácticas, el autor demuestra la necesidad de una mayor distribución de la tierra cultivable y el derecho que tienen todos los hombres a poseerla.

"No es materia de libre elección —dice— que la tierra sea o no ampliamente distribuída. Es una exigencia de la ley moral. La dignidad de la persona humana y las necesidades de la familia establecen clara y firmemente, el derecho de cada hombre a poseer una propiedad productiva y la necesidad de que todos los que lo deseen y estén capacitados, posean una propiedad en la medida que la cantidad de tierra existente lo permita".

M. S.

Pierre Bleton.— LES HOMMES DES TEMPS QUI VIENNENT. — Paris, Les Editions Ouvrières, 1956, 233 págs.

Es un estudio de la clase media, o más bien, clases medias de Francia. Después de asentar los antecedentes históricos, económicos y sociológicos, consagra el autor su esfuerzo principal a definir las clases medias. Estudia luego su mentalidad.

A pesar de lo que parecería insinuar el título, no es un libro de tesis. Es un estudio positivo, científico, verdaderamente objetivo, libre de todo apriorismo doctrinario o mito de clases. Se recomienda a todos los estudiosos de los fenómenos sociales contemporáneos.

J. Aldunate.

Ricardo Cruz-Coke. —EL MUNDO NUCLEONICO. Col. "Síntesis".—Santiago, Pacífico, 1957, 124 y 32 págs.

Los últimos acontecimientos no pueden dejar de dar una nueva actualidad al librito del Sr. Cruz-Coke, aparecido a principios de este año.

Esta muy clara obra de vulgarización intenta dar "sin entrar en mayores detalles ni en aspectos excesivamente especializados, una visión de las bases en que descansa la tecnología nuclear".

En forma muy amena, especialmente accesible al gran público, nos guía a través de este mundo total-

mente nuevo, de sus leyes distintas de las de la física y de la química, e indica en capítulos aparte las múltiples aplicaciones que permite el control de la energía nuclear.

H. D.

Raymond-Léopold Bruckberger.— MARIA MAGDALENA. — Santiago, Ed. Ercilla, 1956, 145 págs.

El destacado dominico francés con su "María Magdalena" no solamente enriqueció a la literatura novelesca católica, sino le señaló una nueva línea. En efecto, no se trata únicamente en esta novela de literatura. Es un estudio del ambiente helenístico de la época y al mismo tiempo un ensayo teológico y una profunda elucubración de psicología religiosa. Todo esto en un estilo fluído, literario en el sentido más elevado de la palabra. Nada de esa insípida sensiblería que caracteriza desdichadamente una parte de nuestros escritos religiosos. Tampoco se encuentra la complacencia —o complicidad— con el pecado de no pocos escritores modernos, que fue justamente denunciada por el episcopado alemán y francés en los últimos tiempos.

El autor reúne en su protagonista a tres personas distintas de la Biblia: la pecadora, que lavó los pies del Señor, María, hermana de Lázaro y Marta, y María de Magdala. La exégesis moderna, con el R. P. Lagrange distingue estas tres personas. Pero puesto que no sabemos nada de definitivo sobre el asunto, el novelista tiene pleno derecho de reunirlas.

El problema central es la relación del amor sensual y del amor puramente humano con el amor divino. El mundo helénico —por lo menos en sus obras de arte más representativas— encontró su ideal de hombre en la armonía de las facultades humanas, en el equilibrio entre "nus" y "psyché" de Platón. La verdadera Sabiduría consistía por lo tanto en crear y mantener este equilibrio. Los hombres que realizaron esta armonía eran los sabios. ¡Qué distancia entre nuestros conceptos y los suyos! Especulación aceptable si uno no conoce el pecado original y su consecuencia: la inclinación interna hacia el mal que corrompe nuestras acciones.

María Magdalena, la cortesana, quiso realizar el ideal helénico de la mujer; el más elevado, más digno y más humano. Pero sucedió que encontró a Jesús. La personalidad del divino Profeta la atrajo. Y desde este momento empezó a transformarse su amor y su ideal. Itinerario doloroso, purificador, pero lleno de noble gozo. Este camino tocó a su fin con la muerte del "Hijo del Hombre". Entonces el amor purificado se transformó definitivamente en amor divino.

La vida de María Magdalena es el prototipo de la vida cristiana. Porque nuestro camino hacia Dios es esencialmente un camino de amor. Quien no es capaz de amar, o, mejor dicho, en su orgullo rechaza el amor, no es apto para el cristianismo. Por eso fueron los fariseos, pese a su justicia, los hombres más alejados de Cristo.

Unos empiezan este camino en el grado más bajo del amor. Estos tendrán más dificultad y sufrirán más para llegar a Dios. Otros, como San Juan, apenas necesitan purificar su amor. Pero unos y otros son los exclusivos herederos del Hombre-Dios, cuya vida se ha consumido en amar.

Ladislao Juhász, S. J.

F. J. Connell, C.S.S.R. — PUNTOS DE TEOLOGIA MORAL.—Madrid, Ed. El Perpetuo Socorro, 1955, 359 págs.

"Outlines of Moral Theology" es el título del original norteamericano.

"Me he esforzado —nos dice el autor— en incorporar a este único volumen y en forma concisa toda la doctrina fundamental de la Teología católica en el campo de la Moral, juntamente con las principales aplicaciones de esta doctrina a los problemas ordinarios de la vida humana".

Efectivamente, este modesto volumen contiene toda la Teología moral tradicional: moral general, moral especial repartida según las virtudes, los siete sacramentos.

No pretende ser completo y solucionar todos los casos, como v. gr. el Compendio de Ferreres Mondría, destinado a informar confesores. Aunque el autor cree que podrá ser útil aun para sacerdotes y seminaristas, está más bien destinado para seglares, estudiantes y profesionales.

La meta del autor ha sido bien lograda. Sin detenerse mucho en los principios, baja fácilmente a las aplicaciones con ejemplos que expresan los diversos casos. Es breve, conciso, claro, práctico: virtudes bien apreciables del americano del norte.

Sus defectos son casi inevitables: tal vez no podrá contentar plenamente a ninguno: ni al confesor, por lo incompleto, ni al laico por lo inadaptado: la estructura es siempre la de la moral de confesores. Pero lo mejor es enemigo de lo bueno, y la obra prestará a muchos un buen servicio.

Algunos pequeños reparos: algo absoluta la doctrina sobre la cantidad que se debe dar de limosna (p. 142); imprecisión al hablar del onanismo conyugal (pp. 267 y 358); alguna que otra solución equivocada, más bien, a mi parecer por mala traducción (v. gr. p. 183 y 206).

José Aldunate, S. J.

Antonio Diez Blanco, O. P. y *Jesús H. Alvarez*, O. P. — EL PARTO SIN TEMOR.— Studium, Madrid, 1956, 113 págs.

Un comentario, sin mayores pretensiones, de la alocución de Pío XII sobre el Parto sin Dolor (reproducida en *Mensaje* en el núm. de enero de 1957). Algo severo el juicio contra el uso de analgésicos durante el parto.

José Aldunate L., S. J.

Alois Beck.—LA SANTA MISA explicada según la Encíclica Mediator Dei, de S. S. Pío XII.— Barcelona, Herder, 167 págs.

Esta obra tuvo su origen en una serie de conferencias dadas por el autor y dirigidas exclusivamente a hombres: por esta razón tiene un interés y una importancia especial.

Se expone el porqué y cómo participar activamente en la celebración del Santo Sacrificio, haciendo de él el centro de la vida cristiana.

El autor ha elegido un término medio entre una explicación demasiado popular y otras puramente científicas; haciendo con frecuencia alusiones al factor pastoral y ascético. No falta la erudición con todo lo que tiene relación con la "historia" de la Misa a través de los siglos, aunque a veces en una forma demasiado elevada y general.

El autor da la impresión que no quiere juntar el culto de "adoración" con el Sacrificio de la Misa. (págs. 124 y 141).

Para prevenir cierta confusión de ideas que pueden originar estos párrafos advirtamos que "adoración" y "sacrificio" están muy lejos de excluirse. La encíclica "Mediator Dei" afirma con toda claridad: "La

Iglesia desde sus orígenes ha rendido adoración al Cuerpo de Cristo bajo las especies eucarísticas, según se manifiesta en los actos mismos del Augusto Sacrificio que prescriben a los ministros sagrados adorar el Santísimo Sacramento con genuflexiones o inclinaciones profundas de cabeza".

El sentido de lo sagrado está en nuestros tiempos muy debilitado en las almas; muchas de ellas no experimentan esa necesidad intensa de abismarse en la adoración ante la presencia de lo inefable, de lo inaccesible que inspira el verdadero sentimiento religioso.

Este libro servirá para arraigar sentimientos auténticamente religiosos en muchas almas que adquirirán un sentido católico de la liturgia a través de sus páginas.

Jorge Burns Swinburn, S. J.

Abad Vonier.— LA VICTORIA DE CRISTO.—San Sebastián, Ed. Dinor, 1955, 162 págs.

El Abad Vonier es siempre profundo y personal en sus obras. De su lectura se sale siempre enriquecido con una mayor comprensión de las riquezas de nuestro dogma, presentadas en forma reflexiva y original. La Victoria de Cristo analiza el significado de la triple Victoria del Salvador, sobre la muerte, el pecado y el infierno y comunica al lector cristiano la confianza sobrenatural del que sabe que ha triunfado en su jefe Cristo.

J. A.

Fr. Victorino Capánaga, O.E.S.A.— SAN AGUSTIN. — Madrid, Ed. Studium, 1954, 208 págs.

Como breve semblanza biográfica del gran Santo, es lo mejor que conozco en lengua castellana. La figura de Agustín, autor de las Confesiones y de la Ciudad de Dios, es cautivante: lo sentimos tan cerca de nosotros en lo humano y a la vez tan poseído por Dios. Su conversión es un drama humano-divino de eterna actualidad. Esta biografía tiene el gran mérito de no oscurecer con hojarasca de comentarios, amplificaciones y explicaciones eruditas esta figura y esta vida. (Fuera tal vez de unas páginas de discusión erudita sobre la interpretación que da Pierre Courcelle a la conversión de Agustín, que en otra edición podría relegarse a nota o a un apéndice). Deja hablar al Santo con el lenguaje de sus Confesiones. Recurre oportunamente al testimonio de otros grandes santos y convertidos para hacernos captar mejor las vivencias de esa gran alma.

Los capítulos finales complementan su vida mostrándonos diversos aspectos de su personalidad.

José Aldunate, S. J.

Emilio Enciso Viana.—BENDITA ENTRE TODAS. —Studium, Madrid, 1956, 395 págs., tamaño bolsillo.

Meditaciones sobre la SSma. Virgen, para la mujer de hoy día, soltera o casada. Consideraciones bien adaptadas, modernas, fundadas en la escritura, de sólida piedad. Este manual, de presentación atractiva, tendrá mucho éxito y hará mucho bien haciendo atractiva y fácil la meditación y promoviendo un espíritu apostólico.

J. A.

Berghoff Stephan. — EIN GANG DURCHS EVANGELIUM. BETRACHTUNGEN ÜBER CHRISTUS.—Herder, Freiburg, 3ª. edic., 264 págs.

Como lo indica el título —"Camino a través del Evangelio"—, el autor nos pone en contacto con el mensaje de Cristo, comentando los pasajes evangélicos que por no haber sido recogidos en el año litúrgico son más desconocidos. Pero no se trata de un comentario meramente doctrinal, de un sistematización abstracta y fría. El evangelio —la buena nueva— es ante todo la persona misma de Cristo. Es Cristo —verdad y vida— quien santifica y redime; sus palabras y sus actos no son sino la expresión visible del Verbo de Dios. Así nos pone el autor en contacto con Cristo. En frases sencillas pero cargadas de vida nos va presentando la figura imperecedera del Maestro y nos hace acompañarlo desde el primer encuentro con sus discípulos en las riberas del Jordán hasta sus últimos momentos en Jerusalén. Es ese contacto, el contacto con Cristo, el que ha de servirnos de norte y guía en nuestra desorientada vida moderna. Porque esto es, en efecto, lo que el autor se propone: hace ver al hombre de hoy lo que la vida de Cristo puede decirle. Así junto con revivir frente a nosotros la imagen del Salvador nos muestra el autor en aplicaciones reales y exactas lo que Cristo ha de significar en nuestra vida; si no queremos extraviarnos, si no queremos enajenarnos en el tráfago y confusión del presente, si queremos alcanzar nuestra genuina meta, tenemos que orientar nuestra vida en la vida de Cristo. Estas aplicaciones, esta presentación de Cristo, de su vida y doctrina proyectadas en la vida de hoy hacen que el libro de Berghoff constituya no sólo una preciosa ayuda para los predicadores sino para todo cristiano deseoso de meditar sobre Cristo. Termina el autor su libro, proponiéndonos en un apéndice un plan de homilías para el año litúrgico y cuatro series de predicaciones cuaresmales.

H. L. A.

Walter Eugen. —MARIA, MUTTER DER GLAUBENDEN. 2ª. edic.—Herder, Freiburg, 156 págs.

Irradiando consuelo y esperanza brilla en el firmamento cristiano la imagen de María; y el amor de los hombres ha ido cubriendo esa imagen de hermosos y legendarios adornos. Pero si queremos admirar su genuino rostro tenemos que buscarlo en las fuentes históricas y, sobre todo, en la Sagrada Escritura. Esto es lo que se propone Eugen Walter: presentarnos la imagen histórica de la Virgen tal como aparece en el Nuevo Testamento. A primera vista nos parece que es poco lo que allí encontraremos, pero en realidad en ese poco está lo esencial y la sólida base de todo culto mariano. En un análisis penetrante el autor nos va mostrando la riqueza contenida en los textos evangélicos iluminando así los rasgos de la madre de Dios y madre de los creyentes. Y es sobre todo en su fe heroica, modelo de toda fe, en su sujeción total a la voluntad de Dios, en su amor, el más puro y perfecto de las creaturas humanas, que Eugen Walter ve destacarse la figura de María, madre de la Gracia y llena de gracia.

H. L. A.

Mons. Francis Trochu. — BERNARDETA SOUBIROUS.—Barcelona, Herder, 1957, 529 págs.

Lo maravilloso de las apariciones relatado con la sobria exactitud de un auténtico historiador y la vida íntima de Bernardita, seguida paso a paso con diligente investigación, hacen de este libro una obra definitiva.

Bebiendo en las fuentes seguras que cita fielmente, ha hecho revivir los sucesos con tal viveza, que nos parece presenciarlos; y deja en el alma la serena convicción de poseer ya toda la verdad sobre este amoroso acercamiento de la Virgen hacia los hombres.

Sobre todo la vida íntima del alma de Bernardita, humilde y recta, madurada en el sufrimiento, confirma la verdad de las palabras que oyera de la amable Señora: "No te prometo hacerte feliz en este mundo, pero sí en el otro".

En suma, libro completo y seguro que saborearán los que gustan la verdad y no la fantasía literaria; libro escrito con la contenida emoción de un sacerdote fiel ante todo a la misión de historiador, que le confiara el propio Obispo de Lourdes. Oportunamente publicado en este año centenario, dejará semilla de meditación en las almas que lo lean con reflexión.

Hernán Yrarrázaval, S. I.

ULTIMAS NOVELAS

EL CREPUSCULO DEL DRAGON, por *Peter Bourne* —Zig-Zag, 1957, 582 págs.

Novela: Sucede en China en 1900. Tiene por fondo la guerra de los boxers, provocada por la insaciable codicia de Occidente.

El libro ameno, bien escrito, es terriblemente crudo, y reservado para personas de criterio bien formado.

T. E. E.

ANTOLOGIA DE CUENTOS, por *Víctor Domingo Silva*. — Zig-Zag, 1957, 235 págs.

Muy buenos los cuentos sobre la vida en las salitreras; tienen fuerza y vida.

T. E. E.

LIBROS RECIBIDOS

(La inclusión en esta lista no excluye una posible recensión, ni implica un juicio sobre el valor del libro.)

CUESTIONES ACTUALES

Emile Rideau. — EURATOM. Marché commun et C. E. C. A. Bilan, espoirs et risques.—Paris, Editions Ouvrières, 1957, 157 págs.

ESPIRITUALIDAD

P. César Gallina, M.S.C.—La Biblia para los niños. Antiguo Testamento. - Barcelona, Luis Gili, 1957, 317 págs.

L'histoire des Apôtres.—Texte. Présentation et Notes par *Gilbert Le Mouël*.—Paris, Les Editions Ouvrières, 1957, 197 págs.

James Brodrick.— Saint Pierre Canisius.— Paris, Spes, 1957, 2 tomos, 527 y 310 págs.

Michel Meslin. — Benoît de Nursie.— Col. "Eglise d'hier et d'aujourd'hui". Paris, Editions Ouvrières, 1957, 126 págs.

Ignacio Sicard. S. J. — Sexo y Espíritu. Conferencias matrimoniales. Tomo I.—Bogotá, Pax, 1957, 297 págs.

Ignacio Sicard, S. J. -Desde el Patíbulo. "¡Mujer, Sí, Mujer!". Bogotá, Pax, 1957, 104 págs.

FILOSOFIA Y PSICOLOGIA

Romano Guardini.—La mort de Socrate.— Paris, Seuil, 1956. 269 págs.

Paul Fraisse. — Manuel pratique de psychologie expérimentale. Bibl. Scientifique Internationale.— Paris, P.U.F., 1956. 312 págs.

HISTORIA Y GEOGRAFIA

George Millar. — Orellana descubre el Amazonas.- Santiago, Ercilla, 317 págs.

William S. W. Ruschenberg. — Noticias de Chile. 1851-1852. - Santiago. Pacífico, 1956. 120 págs.

Bertrand Flornoy. —La aventura Inca. – Santiago, Zig-Zag, 1957, 234 págs.

Franz Villier. — Portugal. - Col. "Petite Planète", 16. - Paris, Seuil, 1957, 192 págs.

MUSICA

Roland de Candé. — Ouverture pour une discothèque. —Col. "Solfèges", 5.—Paris, Seuil, 1957, 287 págs.

André Boucourechliev. —Schumann. — Col. "Solfèges", 2.—Paris, Seuil, 1956, 192 págs.

LITERATURA

Gabriela Mistral. —Recados. Contando a Chile.—Obras Selectas, IV.— Santiago, Pacífico, 1957, 269 págs.

Guillermo Blanco.— Sólo un hombre y el mar.— Santiago, Pacífico, 1957, 112 págs.

Tirso de Molina. — La prudencia en la mujer.— Prólogo y notas de Juan Loveluck. Bibl. Zig-Zag.—Santiago, Zig-Zag, 1957, 134 págs.

René Benjamin.—La vida prodigiosa de Honorato de Balzac.— Santiago, Ercilla, 1957, 197 págs.

NOVELAS

Frank Yerby. —La dinastía de los Benton.— Santiago, Zig-Zag, 1957, 425 págs.

John Harris.—Acosados en el mar. — Santiago, Zig-Zag, 1957, 228 págs.

Juan Tejeda.—Buen Hombre.— Santiago, Pacífico, 1957, 167 págs.

Lucien Marchal.—El profeta del Sertao.— Santiago, Zig-Zag, 1957, 345 págs.

Saint-Loup.—La noche comienza en el Cabo de Hornos. —Santiago, Zig-Zag, 1957, 274 págs.

Paul Gallico. —Más fuerte que el odio. (Lili).— Santiago, Zig-Zag, 1957, 140 págs.

NARRACIONES Y CUENTOS

De la Editorial Zig-Zag:
para jóvenes:
Pablo Corydon.—Barracuda.
para niños:
Sylvia Moore.—Las andanzas de Pepita Canela.
Wolf Mankowitz.—Peloduro y su comparsa.
Esther Cosani.—Cuentos a Beatriz.

La Iglesia Chilena y la Política: directivas pontificias

1) *CARTA DEL EMMO. CARDENAL PACELLI AL SR. NUNCIO EN CHILE* (1)

Vaticano, 1° de Junio de 1934. — N.° 171834 —Excmo. y Rvdmo. Monseñor Héctor Felici Nuncio Apostólico. — Santiago de Chile. — Excmo. y Rvdmo. Señor:

Con carta de fecha 30 de Noviembre p. p. el Excmo. y Rvdmo. Monseñor Horacio Campillo, Arzobispo de Santiago de Chile, sometió al Santo Padre las decisiones de carácter político-religioso tomadas por el Episcopado chileno en la última Conferencia anual.

Por venerado encargo del Augusto Pontífice, ruego a Vuestra Excelencia Rvdma., se sirva comunicar a Mons. Arzobispo y a los demás Prelados Chilenos, la siguiente respuesta.

Como es sabido, el Santo Padre ha tenido repetidas ocasiones (y aun recientemente en la audiencia concedida a la Unión Internacional de las Ligas Femeninas Católicas), de manifestar su augusto pensamiento acerca de las relaciones entre la Iglesia Católica y la Política.

Sin duda, la Iglesia no puede desinteresarse de la verdadera "grande política", que mira al bien común y forma parte de la Ética General, es decir, promueve y defiende la santidad de la familia y de la educación, los derechos de Dios y de las conciencias. La Iglesia ha de procurar que sus hijos sean al mismo tiempo los mejores ciudadanos y cooperen al bien público, ya en la administración, ya en el Gobierno del Estado. En este sentido la participación en la política es un deber de justicia y de caridad cristiana.

Otra cosa es si se trata de "política de partido", es decir, de la actividad de agrupaciones de ciudadanos que se proponen resolver las cuestiones económicas, políticas y sociales, según sus propias escuelas e ideologías, las cuales, aunque no se aparten de la doctrina católica, pueden llegar a diferentes conclusiones.

En otras palabras, un partido político, aunque se proponga inspirarse en la doctrina de la Iglesia y defender sus derechos, no puede arrogarse la representación de todos los fieles, ya que su programa concreto no podrá tener nunca un valor absoluto para todos, y sus actuaciones prácticas están sujetas a error.

Es evidente que la Iglesia no podría vincularse a la actividad de un partido político sin comprometer su carácter sobrenatural y la universalidad de su misión. Y puesto que la actitud de la Jerarquía y del Clero en general no puede ser distinta de la actitud de la Iglesia, se deduce, en armonía con los principios recordados, que la acción de los Pastores Sagrados tendrá que inspirarse en las

(1) Reproducimos aquí el texto auténtico de la Carta, tomándolo de su publicación en el órgano oficial de la Provincia Eclesiástica Chilena, "La Revista Católica", 67 (1934-II) 183-189. Se omite únicamente el membrete del papel de la Nunciatura en que estaba copiado ("Nunciatura Apostólica.— Santiago de Chile"), pues no pertenece al texto de la Carta. Además corregimos la errata patente 1932 en vez de 1922. En esa publicación oficial, como en el folleto editado esos mismos días por el Secretariado Nacional de Prensa de la A. C., está, íntegro y genuino, el verdadero texto de la Carta (y en ese folleto, sin la errata dicha), a diferencia de las primeras publicaciones, que lo alteraron notablemente en dos importantes pasajes.

normas siguientes:

1º) Heraldos de la paz de Cristo y de la caridad que une y hermana, deben los Obispos mantenerse ajenos a las vicisitudes de la política militante y a las luchas y divisiones que de ella se siguen, y abstenerse, por lo tanto, de hacer propaganda en favor de un determinado partido político.

Sólo en momentos de grave peligro tienen el derecho y el deber de intervenir, es decir, cuando sea necesario hacer un llamado a la "unión" de todos los católicos, para que, puesta a un lado toda divergencia política, se levanten en defensa de los derechos amenazados de la Iglesia.

Pero es evidente que en tal hipótesis no harían ellos política de partido; y a este caso se referían expresamente las instrucciones dadas por mi ilustre predecesor al Excmo. y Revdmo. Ordinario de Concepción, con carta de fecha 17 de Junio de 1922.

Esto no impide, sin embargo, que los Sagrados Pastores puedan y aun deban formar la conciencia de los fieles, educándolos en los principios en que tendrán que inspirarse en el ejercicio de sus derechos civiles, y procurando que sean oportunamente instruídos, por ejemplo, acerca de la naturaleza del voto, de la responsabilidad que importa, de la obligación de valerse de esta arma en defensa del orden social y de la Religión, de la culpabilidad del abstencionismo político en momentos de peligro para la Patria y la Iglesia y de otros semejantes argumentos.

A este respecto será útil recordar las normas dadas por el Concilio Plenario de la América Latina, tantas veces inculcadas, y que, por su importancia, se reproducen a continuación:

"Absténgase prudentemente el Clero de las cuestiones que se refieren a cosas meramente políticas o civiles, y sobre las cuales, dentro de los límites de la doctrina y de la ley cristiana, caben distintas opiniones, y no se mezcle en las facciones políticas, a fin de que la Religión Santa, que debe estar por encima de todas las cosas humanas y unir los ánimos de todos los ciudadanos con el vínculo de la mutua caridad y benevolencia, no aparezca faltando a su oficio y no se haga sospechoso su saludable ministerio.

"Por lo tanto, eviten cuidadosamente los sacerdotes el tratar o discutir estas cosas públicamente, ya fuera, ya con mayor razón dentro de la misma Iglesia. Esto, sin embargo, no ha de entenderse en el sentido de que sea necesario callar del todo sobre la gravísima obligación que incumbe a los ciudadanos de trabajar siempre y en todas partes también en la cosa pública, según el dictado de la conciencia, ante Dios, por el mayor bien de la Religión y de la Patria; pero de tal manera que, declarada la obligación general, el sacerdote no aparezca favoreciendo a un partido más que a otro, a menos que alguno de ellos sea abiertamente contrario a la Religión".

2º) Debe dejarse a los fieles la libertad, que les compete como ciudadanos, de constituir particulares agrupaciones políticas, y militar en ellas, siempre que éstas den suficientes garantías de respeto a los derechos de la Iglesia y de las almas.

Es, sin embargo, obligación de todos los fieles, aunque militen en distintos partidos, no sólo observar siempre, hacia todos, y especialmente hacia sus hermanos en la fe, aquella caridad, que es como el distintivo de los cristianos, sino también anteponer siempre los supremos intereses de la Religión a los del propio partido, y estar siempre prontos a obedecer a sus pastores, cuando en circunstancias especiales, los llamen a unirse para la defensa de los principios superiores.

3º) Para que los fieles puedan contribuir, como es necesario, de una manera más eficaz al bien de la Iglesia y de la Patria, nada será más útil que la constitución y el desarrollo de la Acción Católica, según las normas dadas repetidamente por el Santo Padre.

Como es sabido, ella se propone ante todo la formación exquisitamente cristiana de las conciencias, mediante una sólida piedad, un adecuado conocimiento de las cosas divinas, integridad de costumbres y sincera devoción a los Obispos y al Papa.

Además, con oportunas organizaciones, adecuadas a la edad y a la condición social de sus miembros, procura estrechar alrededor de los Párrocos y de los Obispos a numerosos fieles, bien preparados para defender los principios católicos en la vida individual, familiar y social, y aptos para ejercitar una influencia benéfica sobre todo el pueblo, ya sea oponiendo una barrera a la indiferencia religiosa, ya haciendo más fuerte y consciente la devoción a la Iglesia.

Este carácter de estricta dependencia de la Jerarquía, propio de la Acción Católica (la cual, según la conocida definición dada por el Santo Padre, es la participación de los laicos en el Apostolado Jerárquico), mientras garantiza su plena docilidad a las Autoridades Religiosas, constituye a la vez la más fuerte razón de su benéfica eficacia, que deberá exteriorizarse no sólo en la mejor formación espiritual y apostólica de los socios, sino también en la acción desarrollada por éstos en la defensa de la Religión en medio del pueblo.

Grandes, sin duda, serán las ventajas que la Acción Católica bien organizada traerá a esa noble Nación. Pero es necesario que el Clero emprenda esta misión no solamente con gran celo y espíritu de sacrificio, sino también con método y fundándose en las oportunas instrucciones y directivas del Episcopado.

Y, para que ella se inicie sobre sólidas bases, convendrá en el comienzo atender, más que al número de los socios, a su calidad y su fervor, y bastará que en las Pa-

rroquias surjan centros de apostolado, aunque sea con número limitado de adherentes, dedicando, por otro lado, el mayor cuidado a la formación espiritual de los inscritos, lo que es fundamento necesario de todo verdadero y eficaz apostolado exterior.

Es, por otra parte, evidente que el elemento más accesible y de mayores esperanzas es la juventud, y, por lo tanto, particular cuidado merecerá de parte de los Obispos y del Clero, el desarrollo de la Acción Católica entre los jóvenes, para instruirlos convenientemente en la Religión, adiestrándolos en la práctica de la virtud, educarlos en la pureza, y en la frecuencia de la Mesa Eucarística, formarlos para el sacrificio y el apostolado. Al mismo tiempo, deberá desarrollarse una obra asidua y diligente para defender a los jóvenes en el campo intelectual y moral, deteniendo con urgencia los gravísimos daños que causan a la juventud la prensa, los teatros, etc.

4º) No menos necesaria para Chile es, como V. E. bien conoce, una actividad dirigida a mejorar la situación económica de las clases obreras e inspirada en los principios de la doctrina social-católica. Bien ve, V. E., cómo se va acrecentando cada día la necesidad de que sea intensificada, por parte de los católicos, la conveniente asistencia a las varias categorías de trabajadores, los cuales, desgraciadamente, son hoy día fácil presa de los que los seducen con falsos espejismos y corrompen su espíritu con máximas perversas.

Es verdad que la actividad económico-social, en cuanto tal, no debe confundirse con la Acción Católica estrictamente considerada; pero es también verdad que los fieles bien formados en las filas de la Acción Católica sabrán a la vez dar vida a oportunas obras de asistencia a la clase obrera, las cuales, aun teniendo fisonomía y responsabilidad propia, en lo que se refiere a la parte puramente económica y social, se inspirarán en el orden moral y religioso en las directivas superiores inculcadas por la Acción Católica, con la que deberán mantener una oportuna coordinación.

Es, además, superfluo observar que las normas concretas para desarrollar esta Acción Económico-Social deberán establecerse en armonía con las leyes vigentes: será muy útil, sin embargo, tener presentes también los ejemplos y las experiencias de los países en que la Acción Católico-Social está más desarrollada, como Bélgica y Holanda.

5º) Por lo que se refiere a la llamada "Escuela Apolítica", no cabe duda que debe ser reprobado el abstencionismo absoluto, en cuanto que —como ya se ha observado— la participación en la política constituye para los fieles, en el sentido ya expuesto, un deber verdadero y propio, fundado en la justicia legal y en la caridad. Pero, al mismo tiempo, es necesario que a la participación activa en la vida política, preceda una concienzuda preparación en el estudio de la doctrina social católica, y en la práctica de la virtud, de manera que, aún entre las dificultades y peligros, que la actividad política trae siempre consigo, puedan los buenos católicos dar ejemplo de honestidad y de rectitud y desarrollar una obra eficaz de apostolado.

Acerca de este punto, tuve ocasión de dirigir a Su Excelencia el señor Arzobispo de Praga, una carta de fecha 30 de Noviembre de 1930, que estimo oportuno transcribirle:

"El Santo Padre estima digno de toda alabanza el propósito manifestado por el Episcopado Checoeslovaco, de promover con el mayor empeño la educación cristiana de la juventud, en el sentido de que la profesión práctica de la Religión Católica sea la fuerza íntima y, por decirlo así, el fundamento de la misma.

"En cuanto a lo que escribe V. E. sobre la necesidad de que la juventud sea también instruída y dirigida para la Acción Política, es oportuno, ante todo, tener presente que la Acción Católica, por su naturaleza misma, prepara a los jóvenes asociados para manejar con rectitud las cosas y los asuntos políticos, educando y formando su espíritu en los principios de la Religión Católica, de tal modo que resultan aptos y preparados para resolver, guardando el orden debido, aun las cuestiones que se agitan en el campo político. Y si pareciere oportuno proporcionar a la juventud una especial y más alta instrucción en esta misma materia, ella deberá ser dada no en las sedes o reuniones de los socios de la Acción Católica, sino en otro lugar, y por hombres que se distingan por la probidad de sus costumbres y por la integral y firme profesión de la doctrina católica; quedando, además, salvo y claramente establecido el principio de que en ningún modo es oportuno que la misma Jerarquía de la Iglesia forme e instruya asociaciones políticas de jóvenes, y sobre todo que ella dirija a los jóvenes católicos de tal suerte, que éstos se inclinen a uno más que otro de los partidos políticos que den suficientes garantías para la conveniente defensa de la causa y de los derechos de la Iglesia; pues es pernicioso que la Acción Católica se mezcle con los partidos políticos y sea arrastrada a compartir sus vicisitudes, generalmente inciertas y mutables.

"A fin de que los propósitos y el pensamiento de Su Santidad en esta gravísima materia aparezcan todavía más claros, estimamos conveniente explicar algo más difusamente lo que hemos hasta aquí tocado sobre la Acción Católica.

1º La Acción Católica mira principalmente a formar a los jóvenes según los preceptos de la Religión Cristiana, en lo que se refiere a la fe, las costumbres y los principios sociales, encauzando y controlando oportuna-

mente sus trabajos y estudios en todas estas materias, de tal forma que puedan un día contribuir dignamente al incremento del apostolado jerárquico.

2º Siendo participación del apostolado de la Iglesia y dependiendo directamente de la Jerarquía Eclesiástica, la Acción Católica debe mantenerse absolutamente ajena a las luchas de los partidos políticos, aun de aquellos que estén formados por católicos.

Por consiguiente, las asociaciones de jóvenes católicos ni deben ser partidos políticos, ni deben afiliarse a partidos políticos, y convendrá, además, que los dirigentes de dichas asociaciones no sean, al mismo tiempo, dirigentes de partidos o de asambleas políticas, para que no se mezclen, faltando al orden debido, cosas muy diferentes las unas de las otras.

3º Los jóvenes inscritos en las asociaciones de la Acción Católica, pueden, como privados ciudadanos, adherirse a los partidos políticos, que den garantías suficientes para la salvaguardia de los intereses religiosos. Traten, sin embargo, de cumplir siempre con sus deberes de católicos, y no antepongan las conveniencias del partido a los superiores intereses y santos mandamientos de Dios, y de la Iglesia; de otra manera no contribuirían al verdadero bien de la Nación".

El Santo Padre, que bien conoce el celo pastoral de esos Excmos. Obispos y su tan filial adhesión a la Sede Apostólica, está seguro de que ellos verán en las presentes instrucciones un nuevo testimonio de su paternal solicitud por el bien de esa escogida porción de la Iglesia, y querrán amoldar constantemente a las mismas sus actividades pastorales.

Pero, como para tener éxito en cosas de tanta importancia, es necesario que los humanos propósitos sean sostenidos y fecundados por abundantes auxilios divinos, Su Santidad, mientras invita a esos Excmos. Prelados a rogar y hacer rogar por tan nobles intenciones, imparte de corazón, como prenda de su benevolencia y auspicio de los favores celestiales, la Apostólica Bendición.

Aprovecho gustoso la oportunidad para profesarme con sentimientos de distinguida y sincera estimación, de Vuestra Excelencia Revdma. affmo. — E. *Car.* PACELLI.

2) *CARTA DE MONS. TARDINI AL EMMO. CARDENAL CARO* (1)

(10 febrero 1950)

El Emmo. y Rvdmo. Cardenal Arzobispo de Santiago, Dr. Don José María Caro Rodríguez, ha recibido una carta del Excmo. y Rvdmo. Monseñor Domingo Tardini, secretario de la S. Congregación de Negocios Extraordinarios del Vaticano, en la que manifiesta que "El Santo Padre, preocupado a causa de las persistentes divisiones y polémicas por motivos de política de partidos y, anhelando a la vez dar una palabra de aliento al Episcopado Chileno para que trabaje por la unión de todos los católicos y para el bien espiritual del pueblo, que no puede estar separado de la justicia, de la paz social, me ha encargado dirigir, con este fin una carta a Vuestra Eminencia, para que sea conocida y meditada".

"Tengo el honor de acompañarle el documento".

"Vaticano, 10 de febrero de 1950".

Eminencia Reverendísima:

En su larga y tan fecunda carrera pastoral, Vuestra Eminencia Reverendísima ha podido observar cuán a pecho tenga la Santa Sede la prosperidad religiosa de Chile.

La erección de nuevos Provincias Eclesiásticas, y de nuevas diócesis y circunscripciones misioneras, la mejor organización de los Seminarios, y los esfuerzos en favor de una formación más perfecta del clero, el apoyo y ayuda siempre prestados para el envío a Chile de misioneros y religiosas, el aliento a las actividades culturales, a la enseñanza catequística de parte de los seglares y a las nuevas formas del apostolado requeridas por los nuevos tiempos, són otras tantas pruebas del vivo interés manifestado por la Santa Sede en los últimos decenios en pro de las necesidades religiosas de esa Nación.

Sin embargo, algunos problemas, por su importancia, gravedad y delicadeza han llamado particularmente la maternal y a veces temerosa atención de la Iglesia: se trata sobre todo de las divisiones de los católicos en el terreno político con posible daño grave para la unidad superior de la fe y de la obediencia exigida por la disciplina de la Iglesia, cuando se trata de la necesaria y obligatoria actividad de los católicos en el terreno social.

Acerca de estos graves problemas ya en el año 1934, con carta del 1º de Junio al Excelentísimo Nuncio Apostólico de Chile, había dado claras normas directivas, en nombre del Santo Padre, el Cardenal Secretario de Estado, hoy Sumo Pontífice gloriosamente reinante. Esas directivas generales no han perdido hoy nada de su actualidad, sino más bien, al contrario, ante las persistentes divisiones y polémicas entre los católicos en el terreno político y ante tantas deficiencias en el terreno social, no compensadas con las estériles disputas, ante el consiguiente debilitamiento de la estrecha unión de los católicos, del cual se aprovechan los enemigos de la Iglesia, esas directivas se vuelven a recordar y a inculcar con firmeza.

"Es evidente —escribía entonces el reinante Pontífice— que la Iglesia no podría ligarse a la actividad de un partido político sin comprometer su carácter sobrenatural y la universalidad de su misión". Los católicos,

(1) Transcribimos el texto de su publicación oficial en "La Revista Católica", 86 (1950) 2367-2369.

por tanto, pueden inscribirse y militar en aquellos partidos y deben dar el voto a aquellos candidatos, que ofrezcan seguras garantías para el respeto de la religión, de la Iglesia Católica, de su doctrina y de sus derechos. "Es, sin embargo, obligación de todos los fieles, aunque militen en diversos partidos, no sólo conservar siempre para con todos, pero especialmente, para con los hermanos en la fe, aquella caridad que es como el distintivo de los cristianos, sino también anteponer siempre los supremos intereses de la Religión, a los del propio partido, y estar siempre prontos a la obediencia a sus pastores, cuando, en circunstancias especiales, los llamaren a unirse para la defensa de los principios superiores".

Mas, hoy en todas las Naciones del mundo hay un problema grave y urgente: El problema social. Para éste la Iglesia ha proclamado su luminosa doctrina, la cual, fundada en la ley natural que exige la justicia social, recibe perfeccionamiento y como un alma nueva de la luz del Evangelio y de la llama de caridad de nuestro Redentor. Después de las grandes Encíclicas de León XIII y de Pío XI, después de los preciosos y copiosos documentos sociales del Pío XII, ya no deberían los hijos de la Iglesia, a cualquier clase social y a cualquier partido político a que pertenezcan, ignorar el camino que han de seguir o rehusar seguir ese camino: Por lo mismo resulta mucho más doloroso comprobar cuán frecuentemente aún, quien hace amplia profesión de fe y de devoción a la Iglesia, se muestre insensible a las propias responsabilidades y a los propios deberes sociales. Y, sin embargo, para naciones como Chile, donde el problema social se va haciendo cada día más agudo, se puede decir, que el porvenir de la Iglesia depende sobre todo de la sensibilidad de los católicos acerca de estos deberes.

En esa Nación, no pequeña parte de las escuelas públicas, prácticamente sin Dios, ha dado sus lamentables frutos; a lo cual se agrega hoy el esfuerzo progresivo por descristianizar las clases más humildes, y, por esto mismo, más cercanas al corazón maternal de la Iglesia: Los obreros y los campesinos asechados unos y otros por una propaganda, a veces abierta, a veces disimulada, de ateísmo y materialismo, que toma ocasión y pretexto de las injusticias sociales verdaderas o falsas.

En esta hora tan grave, es vivo deseo del Santo Padre que el Episcopado Chileno, tan solícito por el bien espiritual de la Patria amada, se estreche siempre más, en unidad de espíritus, de propósitos, de acción, en torno de la venerada persona de vuestra Eminencia, a fin de que los sacerdotes y los fieles, bajo la sabia guía de sus Pastores, con alto sentido de disciplina y de plena conciencia de su responsabilidad, formen como una sólida roca contra los asaltos de los enemigos, y preparen con su ejemplo y con su acción, días de prosperidad religiosa y civil, de paz y de justicia para su noble Patria.

Al hacerme intérprete ante Vuestra Eminencia de la Augusta Mente de Su Santidad, beso humildemente la S. Púrpura y con profunda veneración me profeso. De Vuestra Eminencia Reverendísima, Humildísimo, Devotísimo, Obedientísimo,

Servidor, *DOMINGO TARDINI.*

(VIENE DE LA Pág. 87)

forma inteligente el desarrollo de los infinitos matices visuales que compopen cada personaje y cada acción.

El problema del hombre interpretado por Lee J. Cobb es profundo y de un realismo impresionante. Es la manifestación de cómo un problema individual puede extenderse a otros seres humanos. Ese hombre había amado a su hijo pequeño y había querido hacer de él un hombre ideal, otro hombre como él. A los dieciséis años el hijo lo abofeteó y huyó para siempre. Esta historia del pasado está insinuada por frases entrecortadas y mezcladas durante el desarrollo de la acción. Gracias a ello logramos comprender al antagonista de la obra exactamente dos minutos antes de terminar la película. Esta comprensión del espectador hacia la desgracia de este hombre, constituye la culminación misma de toda la obra. Es una culminación y un desenlace que en forma simultánea dan un resultado absolutamente inesperado.

La actuación de Henry Fonda como el arquitecto que defiende al ser humano contra la inseguridad de la misma justicia humana, es la más brillante de su carrera como actor cinematográfico. Se percibe en esta actuación el infinito cariño de Henry Fonda para la película de la cual él mismo es productor.

Por la nítida intención positiva de la idea central de "12 hombres en pugna" esta cinta fue seleccionada entre las producción mundial para el "Grand Prix 1957", que anualmente otorga la Oficina Católica Internacional del Cine a la película que en mejor forma exalte los valores espirituales.

Henry Fonda se mantendrá siempre en la mente de los espectadores como el genial intérprete de un personaje ideal y como una superación del aspecto humano individual.

Rafael C. Sánchez, S. J.
Director
del Instituto Fílmico de Chile

Frente
al mundo de hoy

Mensaje

UNA VOZ CRISTIANA,
INTERPRETE DE LAS
INQUIETUDES
INTELECTUALES
ACTUALES.

•

VISION DE LOS GRANDES
PROBLEMAS RELIGIOSOS,
FILOSOFICOS, SOCIALES,
ECONOMICOS, ARTISTICOS.

•

UN COMENTARIO DE
LOS ACONTECIMIENTOS
MUNDIALES
SOBRESALIENTES
TRATADO CON SERIEDAD
Y HONRADEZ.

•

ORIENTA,
MARCA RUMBOS,
ABRE MAS AMPLIOS
HORIZONTES.

•

NO ES UNA REVISTA MAS:
ES UN MENSAJE
CRISTIANO,
FRENTE AL MUNDO
DE HOY.

H. S. V.: "Aprovecho esta oportunidad para hacer llegar a Ud. y a sus colaboradores mis más sinceras felicitaciones por la magnífica revista que hacen llegar a las manos de todos aquellos que tratamos de mirar al mundo a través de la figura y la doctrina de Cristo Nuestro Señor. Evidentemente, *Mensaje* representa una muy honrosa excepción frente a la gran mayoría de las revistas chilenas, por lo general insulsas y sin mayor trascendencia. Debo felicitarles por los artículos que han tratado problemas de tanta trascendencia e importancia como el agrario y el habitacional. Asimismo, deseo hacer llegar al R. P. Sánchez, S. I., una especial felicitación por sus crónicas de Cine. Si *Mensaje* está dedicado a tratar los grandes problemas de la actualidad, no sólo en Chile sino en el mundo entero, ¿no sería posible iniciar un ciclo de artículos para estudiar el problema más grave que enfrenta la humanidad, y particularmente nuestra patria, cual es la profunda crisis moral por la cual atravesamos? Estudiándose las causas, efectos y consecuencias de esta crisis llegaremos a vislumbrar una solución a este problema tan angustioso" — (suscriptor de Santiago).

—Agradeciendo sus palabras de tan sincero aprecio acogemos sus oportunas sugerencias. En los últimos números de Mensaje *habrá encontrado eco a su observación en los artículos sobre "La formación del sentido social de los hijos" (noviembre, 1957, pp. 385-397); Las Conclusiones de la 44.º Semana Social de Francia, sobre el tema "La Familia" (ib., pp. 430-432); De la adolescencia a la madurez (ib., pp. 438-442); Alcoholismo de los Niños (ib., pp. 456-459); La Carne y el Espíritu (enero-febr., 1958, pp. 11-16), etc.*

J. A. V.: "Trataré de conseguir nuevos suscriptores para su revista; pienso que han de aumentar sus lectores, pues creo que es la mejor revista que existe en Chile en su género, considerando su inmenso valor moral e intelectual, su claridad y precisión de conceptos y la selección adecuada que efectúa de problemas de palpitante actualidad". — (suscriptor de Peumo).

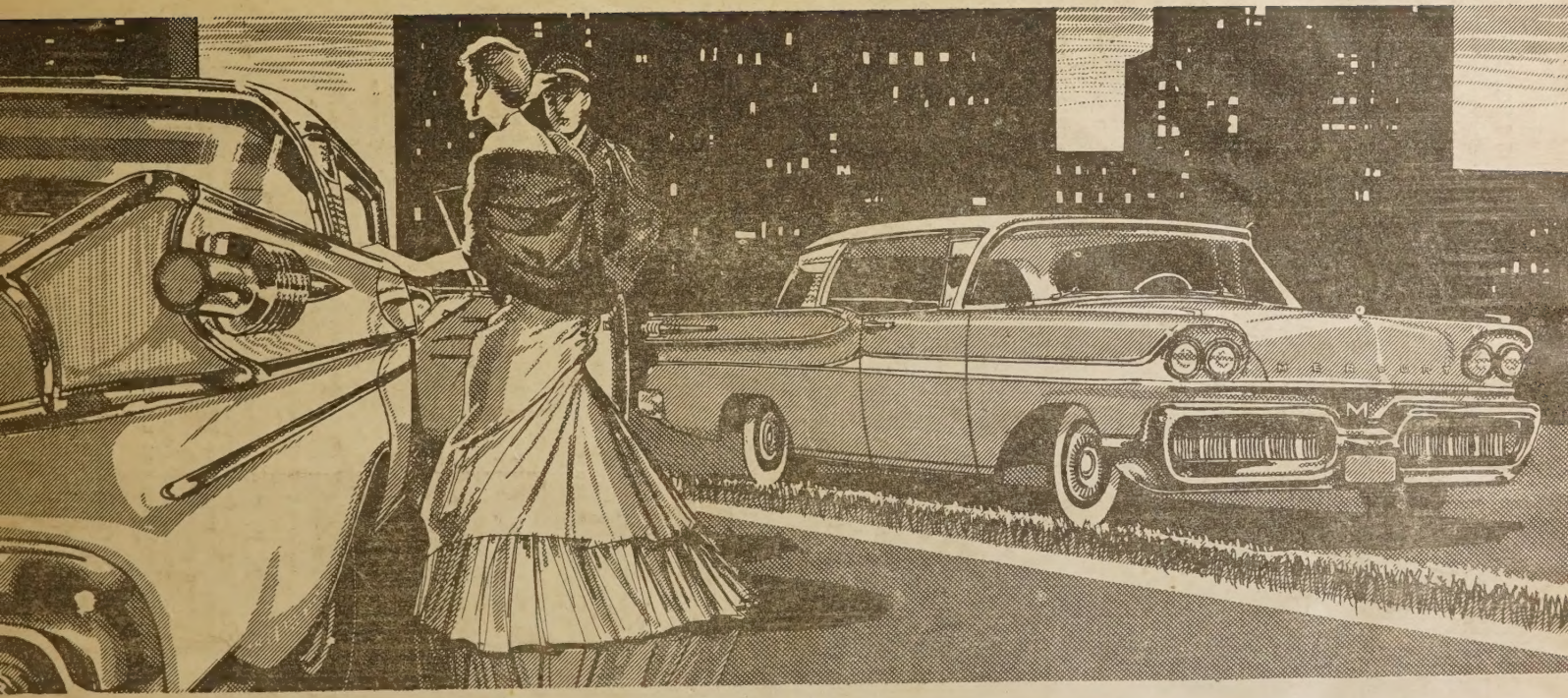
—Estamos muy agradecidos a su colaboración entusiasta.

B. S. M.: "De alto vuelo considero el artículo en que se reproduce textualmente una conferencia de un sacerdote jesuíta español dada hace un año en Madrid. El problema del salario tan diestramente enfocado allí es válido no sólo para España sino para muchos países, incluso el nuestro con ciertas variantes. Es un problema muy difícil y cuya solución conforme a la ley moral y a los principios señalados por los Sumos Pontífices se estrella contra dificultades económicas. Es de desear que se hagan todos los esfuerzos por mejorar la situación de los obreros, superando dichas dificultades y problemas". — (suscriptor de Iquique).

—Se refiere al trabajo del P. José María Díez-Alegría publicado en octubre de 1957, pp. 352-361. Es la conferencia dada por el Padre en la Cámara de Comercio de Madrid, el 5 de abril de 1956. Esperamos en números sucesivos dar respuesta a otras observaciones que Ud. nos hace en su carta. Nuestro mayor agradecimiento por el interés que muestra por Mensaje.

L. Y. R.: "Estimo profundamente el sentido de la revista y su orientación. Podría mejorarse en cuanto a la manera de presentar los artículos y de darles mayor agilidad; pero nos interesa más que todo su línea segura y valiente que está marcando un camino para muchos hombres de Chile que sueñan con un mejor destino para la Patria".

D. G. R.: "Se complace en constatar que *Mensaje* interpreta en otro escenario y en otra época a San Ignacio, lástima que su difusión no llegue a todos los rincones de Chile".



SUPREMA CONQUISTA
DE LA INGENIERIA...

MERCURY '58

Dinámica estilización, de gran lucimiento
e insuperable comodidad.
Reacción inmediata y segura en su manejo.
Bríos de un automóvil sport con suavidad protocolar.
En la ciudad, en buenos y malos caminos, se impone

Visite a su Concesionario FORD más cercano